

LA INFORMACIÓN ECONÓMICA
EN LA
PRENSA INTERNACIONAL

SUMARIO

	Pág.
EE.UU.: La recesión está en el aire	121
La trampa de la deuda	122
Estados Unidos: el fin de la "exuberancia irracional"	123
¿Cuán fuerte será el dólar de Bush?	124
Bush: ¿Está próximo el Apocalipsis?	125
La recuperación del euro	126
La crisis USA puede no ser tan mala	127
EE.UU.: El impacto exterior de la contracción	128
Nueve razones para ser optimistas	128
El crecimiento récord mundial del año 2000.	129
Euro: el año decisivo	130
2000, un año récord.	130
Berlín, París y la integración europea	131
EE.UU.: Davos no cree en una recesión	131
Davos-Porto Alegre	132
EE.UU. ¿Bastarán las reducciones de los tipos?	133
La Reserva Federal juega su mejor carta	133
España reprime sus temores.	134
España quiere figurar en el grupo de los grandes	135
"En España el banco postal somos nosotros"	136
La cumbre de la Unión Europea en Niza	137
Un compromiso político con muchos despropósitos	140
El año del euro.	142
En los umbrales del siglo veintiuno.	143
A la espera de un aterrizaje suave.	144
En torno a la rebaja de tipos en Estados Unidos	145
¿Son los acuerdos regionales un peligro para la OMC?	147

EE.UU.: La recesión está en el aire

(Louis Uchitelle, en *The New York Times - Herald Tribune* de 22 de enero)

En ese primer fin de semana de la administración de George W, Bush, las dificultades de la economía hacen que las celebraciones por la nueva presidencia

sean menos festivas. El *shock* del mercado de valores silencia la música y las malas noticias sobre la economía reciben más atención estos días que las noticias buenas. Raramente en las pasadas contracciones ha habido tantos anuncios de que estábamos ante una recesión. Se anunciaba más bien que estábamos en medio de una recesión, (si no es que estamos ya en medio de una recesión).

Las alusiones a la recesión el día de la toma de juramento facilita la crítica de los Demócratas salientes si una recesión llega a producirse este año.

No hay duda de que nos encontramos frente a una crisis (*slowdown*), dijo Paul O'Neil, si bien existe incertidumbre sobre si se trata de una corrección de *stocks* o de las primeras fases de una recesión.

Hay razones para pensar que se trata de una recesión. Existe ya una contracción de la industria y empresas de todos los sectores industriales despiden a mano de obra. El mercado de acciones dejó atrás su exuberancia y ahora socava las carteras de los consumidores.

La confianza de los consumidores bajó en diciembre y está bajando en Enero, según las encuestas de la Universidad de Michigan. Las reducciones de empleo y el impacto sobre la bolsa pone nerviosos a los norteamericanos por los efectos sobre sus empleos. Como consecuencia de ello, existe una mayor cautela por lo que al gasto se refiere, según el director de encuestas de dicha Universidad.

Como reflejo del mayor pesimismo, los pronosticadores de mayor prestigio reducen sus estimaciones de crecimiento para 2001. Lo que le ocurra después a la economía dependerá de lo que hagan las empresas. Si cesan de pasar pedidos mientras van vendiendo sus *stocks*, la recesión resultará inevitable. Hasta ahora no han cesado sus ventas, aunque se ha producido una desaceleración.

A pesar de su nerviosismo, la gente sigue pidiendo créditos y comprando. En realidad, las ventas durante la campaña de fiestas no han sido peores que el año anterior, aunque sí inferiores a lo esperado. Cuando llegue el verano, lo peor de la crisis puede haber pasado, sin haber conocido la recesión.

Las perspectivas son contrarias a tal salida favorable. Pero hay suficientes buenas noticias como para conservar las esperanzas. Los precios de las acciones, por ejemplo, parecen haberse estabilizado tras la rebaja de los tipos de interés. A pesar de los anuncios sobre la reducción de empleo, la tasa de desocupación sigue siendo muy baja. La construcción de viviendas, uno de los pilares de la economía, fue fuerte en diciembre.

Ahora, lo que debe esperarse es que la inercia seguirá favoreciendo la inversión, a pesar de la desaceleración.

La trampa de la deuda

(*The Economist* de 27 de enero. Editorial)

Las sombras que aparecen alrededor de las ricas economías del mundo no muestran señales de desaparecer. En la mayor, Estados Unidos, la nueva administración Bush se refirió, abiertamente, a un cambio de signo, e incluso a una recesión. La segunda, Japón se mueve de nuevo al borde de una recesión promo-

vida por sí mismo. Es verdad que, por ahora, las perspectivas de Europa son más esperanzadoras. pero el riesgo de que todo, en el frente económico, pudiera ir mal este año, sigue siendo real. Es más pronunciado en Norteamérica; y forma más temible es la trampa de la deuda. En pocas palabras, la gran preocupación es la posibilidad de que Estados Unidos pueda seguir un camino semejante al de Japón diez años atrás: una burbuja que estalla seguida por una profunda y larga recesión, o incluso un colapso.

A juzgar por el substancial optimismo de la mayoría de los comentaristas económicos norteamericanos, tal preocupación puede parecer risible. Hace un año, casi todos creían que la expansión de diez años continuaría indefinidamente. Ahora, después del estallido de burbuja Nasdaq en la bolsa, y con la economía desacelerándose drásticamente, unos pocos admiten la posibilidad de una débil recesión. Pero la mayoría espera una reacción más adelante, este mismo año, cuando se produzcan los efectos de los cuidados monetarios. No ven la posibilidad de que la economía norteamericana colapse de la misma forma que lo hizo la de Japón. Después de todo, las dos economías son completamente diferentes. ¿Lo son realmente?

Examinadas superficialmente, la respuesta parece ser positiva. Los bancos norteamericanos son más sólidos de lo que eran los de Japón en lo más alto de su menos permeable burbuja. La inversión japonesa y los *booms* de la bolsa de los años 80 estaban fundamentados en la falsa noción de que Japón había inventado unas nuevas reglas económicas, mientras que el más rápido crecimiento de la productividad de Estados Unidos, conducido por la *high-tech revolution* parece más real. Y la década japonesa de débil crecimiento puede ser criticada por los errores de su política más que por el estallido de su burbuja. Las autoridades japonesas dejaron de incentivar la expansión monetaria necesaria, o purgar el sistema bancario de Japón. Aunque no se puede dar por seguro que la respuesta de Estados Unidos será la adecuada, las perspectivas parecen mejores que las que se dieron en la confusa política de Japón.

Dicho esto, hay suficiente similitudes entre la Norteamérica de hoy y el Japón de 1989-90 para que la situación sea preocupante. La principal es el exceso de deuda. El exceso de deuda estuvo siempre en el centro de la debilidad de Japón. Por esto es alarmante que el *boom* de Estados Unidos haya sido siempre masivamente alimentado por préstamos a las empresas y a las familias. Nuestra encuesta sobre las finanzas de las empresas (*corporate*) en este número de *The Economist* explora cómo las firmas norteamericanas, el elevado endeudamiento de las empresas norteamericanas ha dejado a los prestadores expuestos a algunos a graves riesgos. Y, por si la deuda de las firmas no fuera lo suficientemente alarmante, los créditos a los consumidores han sido incluso mayores. Prestando contra ganancias de papel en forma de acciones, las familias han podido comprar hasta la extenuación sin preocuparse por ahorrar.

Los optimistas replican que las hojas del balance del sector privado parecen sólidas, dado que el incremento de la deuda ha sido más que compensado por el

incremento de los activos. Sin embargo, las páginas del balance también parecían notablemente sólidas en Japón a finales de los años 1980... hasta que los precios de los activos se derrumbaron. Cualquiera que sea la unidad de medida que se utilice, los precios de las acciones siguen siendo muy sobrevalorados. una gran parte de la deuda de los consumidores y de las empresas se ha constituido con la asunción de un crecimiento y de unos precios indefinidos de las acciones.

La noción de que la burbuja norteamericana ha sido menor que la de Japón también necesita ser calificada. Los excesos de Japón fueron debidos principalmente a unos incrementos increíbles de los precios de los bienes raíces, mientras que la propiedad norteamericana ha permanecido razonablemente sólida. Pero el correspondiente aumento de la deuda y del consumo en Norteamérica ha tenido su origen en el mercado de valores. En lo más alto del mercado, las familias norteamericanas poseían acciones que valían el 175 por 100 de su renta disponible, mucho más que las familias japonesas poseedoras de acciones en el mercado de Tokio en el punto álgido de 1989 (90 por 100 de su renta). El *crash* de Japón condujo a los consumidores japoneses a elevar sus ahorros y a reducir el gasto. El riesgo es que lo mismo podría ocurrir en Norteamérica.

Japón, resumiendo, no es único. Estados Unidos es un ejemplo más de un fenómeno viejísimo, en el que un rápido incremento de los precios de los activos promueve un gran incremento del crédito y de la inversión, que resulta insostenible en cuanto los precios de los activos caen. No es una coincidencia que las más profundas y más largas recesiones en décadas recientes tuvieron lugar en países que experimentaron *booms* de los precios de la propiedad y de acciones, así como acumulaciones de deuda, como fue el caso de Gran Bretaña y de Suecia a principios de los 1990. Esto no significa negar que la revolución IT ha elevado la productividad de Norteamérica, ni que esto puede justificar algún incremento del precio de las acciones y, por consiguiente, una parte de la deuda extra, pero esto no puede justificar que esto sea el riesgo de una recesión.

¿Qué se puede decir de los grandes recursos monetarios y fiscales de Estados Unidos? Norteamérica, ciertamente, tiene más margen para reducir los tipos de interés y los impuestos que el Japón de hoy, donde los tipos de interés son prácticamente cero y donde el gobierno tiene un enorme déficit presupuestario. Pero Japón tenía mucho margen para hacer ambas cosas en 1990, cuando los tipos de interés eran elevados y sus excedentes presupuestarios eran incluso, como porcentaje del PIB, que Norteamérica hoy. Aunque la flexibilidad fiscal y monetaria pueden prevenir el desastre, pueden no ser suficientes para evitar una recesión, en especial si existe una gran cantidad de deuda.

Alan Greenspan tiene por lo menos la ventaja de poder aprovechar las lecciones de Japón. Es seguro que Greenspan evitaría el error de permitir que la deflación se consolidara. Pero aún así, la Reserva Federal, cuyo Comité resolutorio se reúne la semana próxima, se enfrenta con el dilema sobre cuándo y cuán rápidamente debe recortar los tipos de interés. Bajarlos demasiado pronto y en exceso puede ser malo. Redúz-

carse demasiado pronto, y más de lo que proceda, y la burbuja podría reproducirse, preparando el camino para un más difícil aterrizaje más adelante, o el dólar podría colapsar. Redúzcanse demasiado tarde, y Estados Unidos podría adoptar el aspecto de Japón.

Norteamérica tiene la oportunidad de eludir el desgraciado destino de este país. Pero cuanto más se olvide la trampa de la deuda, más serán los riesgos en que se incurra.

Estados Unidos: el fin de la "exuberancia irracional"

(Sylvie Kauffmann, en *Le Monde* de 19 de enero)

Si la amenaza de recesión en Estados Unidos fuera a resultar exagerada, George W. Bush podría lamentarlo, después de haberla anunciado tan repetidamente. Confusos por la multiplicación de indicios de una desaceleración neta a finales del año 2000, el presidente electo y su vicepresidente, Dick Cheney, han consolidado estas últimas semanas la idea de que el extraordinario *boom* económico del último decenio había llegado a su fin. Esta idea tiene el mérito de crear un clima favorable al ambicioso plan de reducción de impuestos que Bush ha presentado durante su campaña electoral. Criticado porque favorece a las rentas más elevadas, ese plan puede hoy presentarse como un instrumento indispensable para la reactivación de la economía. Pero también tiene el inconveniente de abrir la era de Bush hijo bajo los mismos auspicios que la era de Bush padre, bajo una nube de pesimismo que contrasta singularmente con el entusiasmo que había saludado la llegada de Bill Clinton a Washington hace ocho años.

Desde todos los puntos de vista, económico y político, es el fin de la "exuberancia irracional" en Estados Unidos. Estas dos palabras, utilizadas por Alan Greenspan, el presidente de la Reserva Federal, un buen día de 1996, para ilustrar la euforia incontrolable que reinaba en los mercados financieros, terminaron por simbolizar la era de Clinton. La llegada de Bush coincide con una caída del Nasdaq —el índice bursátil que se había convertido en el faro de la nueva economía— a niveles apenas superiores a 2000, cuando se había movido alrededor de 5000 en 1999, después de haber enriquecido a millones de norteamericanos. La confianza de los consumidores es menor. No es un *crash*. Es, por el momento, una vuelta a niveles más realistas de índices que se había terminado por creer exentos de las reglas elementales de la ortodoxia económica.

El empleado medio de la empresa punto com (*dot-com*) de base de hoy no ha conocido jamás otra cosa que no sea la exuberancia irracional. Tiene entre 25 y 30 años, y ve cómo sus *stock options* se funden como la nieve bajo el sol. No representa, ciertamente, más que una minoría de la mano de obra, pero prácticamente la mitad de los norteamericanos tiene en la actualidad intereses en la bolsa: ésta es una de las grandes características de la evolución económica de los años 1990. La inmensa popularidad de Bill Clinton, como han demostrado los sondeos, se explicaba en

gran parte por la sensación de dinamismo económico, de innovaciones sin fin, y el sentimiento de que todo era posible en la América del año 2000. Estos norteamericanos son así muy sensibles a los factores psicológicos y al clima que puede instaurar el presidente Bush con sus primeras declaraciones.

El contraste es casi caricaturesco. En unas semanas se puede elaborar un glosario de los términos *in* y de los términos *out* aprovechando el relevo en la Casa Blanca: recesión, estancamiento, petróleo, destrucción de empleo, hundimiento de la reactivación son términos *in*. Boom, nueva economía, exuberancia irracional, Nasdaq, nueva frontera, *stock options*, escasez de mano de obra son términos *out*. Este vocabulario, por supuesto, no corresponde necesariamente a la realidad: con un 4 por 100 de tasa de paro en diciembre, el pleno empleo es un hecho todavía real, y el crecimiento sigue siendo una realidad, aunque se haya desacelerado. Pero en la economía de hoy, las percepciones son esenciales, y la idea del fin del optimismo se ha instalado efectivamente en los espíritus.

El método también cuenta. El método de principios de los años Clinton era confuso, pero daba la impresión de actividad intensa. Poco antes de su toma de posesión, en diciembre de 1992, Bill Clinton había reunido a 326 economistas, directores de empresa y sindicalistas para que le ayudaran a definir la estrategia económica de su administración. Televisada en directo, esa cumbre se transformó en un *happening* de 19 horas, con participación telefónica de los electores y de Bill Clinton como magistral director de orquesta-animador-psicólogo y estrategia.

Cuando George W. Bush, hace una semana, convocó su propia cumbre económica, ésta fue algo completamente distinto: una treintena de jefes de empresa, en su mayoría amigos o importantes donantes del Partido Republicano, como el fabricante de ordenadores Michael Dell, se reunieron alrededor de aquél a puerta cerrada, y lo sucedido fue resumido en una breve conferencia de prensa consagrada a la amenaza de recesión y a la razón de ser del plan fiscal del presidente electo. Habría sido vano buscar la más mínima muestra de exuberancia.

Está bien visto, estos días, bromear, entre demócratas, sobre "la vuelta de los sesenta" a Washington. No se trata, desde luego, de la década turbulenta sino, más prosaicamente, del retorno de los sexagenarios a la Casa Blanca. Como su predecesor, también de 54 años, el nuevo presidente norteamericano es un *baby-boomer*, pero Bill Clinton no tenía más de 46 años cuando ocupó el despacho oval, a principios de 1993, rodeado de una cohorte de jóvenes consejeros, cuya fogosidad e imaginación iban aparejadas a la indisciplina y la arrogancia. Se alimentaban con pizzas encargadas en medio de interminables reuniones, hasta tarde en la noche. Algunos, como George Stepanopoulos, apenas tenían 30 años. Sorprendido, el general Colin Powell, entonces jefe del Estado Mayor del ejército, llegó un día para asistir a una reunión en la que unos jóvenes neófitos tomaban la palabra en el desorden más completo.

Regresado a un puesto de mando, esta vez como

Secretario de Estado, Colin Powell, de 63 años, reencontrará el orden que había conocido bajo el primer presidente George Bush: el vicepresidente Dick Cheney, 59 años; el Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, 68 años, y el Secretario del Tesoro, Paul O'Neill, 65 años, conducirán el baile con el propio presidente con una mano experimentada.

Corresponsal del *New York Times* en la Casa Blanca durante la etapa de Bush, más tarde insobornable cronista de la era Clinton, Maurin Dowd, acoge a los recién llegados como una ducha fría. "Después del Technicolor -escribe Dowd- he ahí la vuelta del blanco y negro". No es probable que las estrellas de Hollywood que se han sucedido en la cámara Lincoln de la Casa Blanca estos últimos ocho años vuelvan a ver Washington por ahora.

Otro símbolo de la exuberancia irracional ve como se le escapa el centro de gravedad: Nueva York. No sólo la bolsa ha vuelto a la razón; no sólo el nuevo Secretario del Tesoro no ha salido de Wall Street ni de la *high tech*, sino de la vieja economía (el aluminio): el mismo George W. Bush, el tejano, gusta poco de la exuberancia de esa ciudad imprevisible, que ha eludido visitar en el curso de la campaña electoral. Pero New York no se aburrirá sin Bush: le quedan los Clinton. Hillary Clinton es el nuevo senador del Estado de Nueva York, y su marido, Bill, dividirá su tiempo entre Nueva York, Washington y su Arkansas natal. El domingo último provocó un nuevo colapso de tráfico al visitar los despachos del centro de Manhattan, donde busca un rincón en un rascacielos. Nadie se ha mostrado contrariado por ello, al contrario.

¿Cuán fuerte será el dólar de Bush?

(Reginald Dale, en *Herald Tribune* de 16 de enero)

Cuando los economistas debaten sobre las actuales perspectivas de los tipos de cambio, un nombre del pasado aparece en la memoria. Es el de Beryl Sprinkel, un archidefensor de la libertad de mercado que ocupó un alto cargo en el Tesoro en los primeros años de la administración de Reagan.

La hostilidad de Sprinkel a la intervención en los mercados cambiarios contribuyó, se dice, a la subida excesiva del valor del dólar que, finalmente, tuvo que ser corregida en el acuerdo del Plaza en 1985. La cuestión, ahora, es si hay, o habrá, otro Sprinkel en la administración de G. W. Bush, tal vez encarnado por Lawrence Lindsey, quien ha sido designado como principal asesor económico de Bush y que es conocido por su aversión a cualquier intervención en el mercado de divisas.

La preocupación, hoy, no es por una posible subida excesiva del dólar, sino por una posible baja profunda del mismo. Muchos economistas creen que el dólar debería bajar, para contribuir así a la reducción del enorme déficit corriente. Algunos temen, sin embargo, que un dólar en descenso pudiera escaparse al control de las autoridades, empezando un círculo vicioso que pudiera dar lugar a un incremento de la infla-

ción, a una subida de los tipos de interés y conducir en definitiva a una recesión en toda la regla.

Se especula ya en los mercados de divisas que Paul O'Neil, el elegido por Bush como secretario del Tesoro, con su trasfondo empresarial, contemplará con mayor satisfacción un dólar débil, que beneficie a los exportadores, que sus predecesores, Robert Rubin y Larry Summers, para quienes un dólar fuerte era un constante *leitmotif*.

Robert Hormats, vicepresidente de Goldman Sachs, dice que los mercados estarán particularmente interesados por lo que diga O'Neil si se le pregunta por el dólar en próximas declaraciones ante el Senado, y se interesarán sin duda por lo que pueda insinuar el equipo de Bush a propósito de su ideología contraria a la intervención para suavizar el inevitable descenso del dólar.

El riesgo de un repentino y pronunciado descenso del dólar es la mayor amenaza ahora existente para la economía de Estados Unidos, según Fred Bergsten, director del Institute for International Economics, quien promueve un calculado descenso del valor del dólar. Los dos citados hablaron en una conferencia organizada por el Woodrow Wilson Center en Washington la pasada semana.

Si el dólar cayera demasiado, dice Bergsten, el Grupo de los Siete debería actuar para detener el descenso. Esto convendría a todos los grandes socios comerciales de Estados Unidos, que no desean que sus productos sean incompetitivos a causa de un dólar devaluado.

Ahí, naturalmente, es donde las cosas se ponen difíciles. Mientras los norteamericanos pueden desear un dólar más débil, ni los europeos ni los japoneses desean que sus monedas se fortalezcan excesivamente. De hecho, mucha gente, en Tokio, quiere que el yen se debilite más, para que Japón pueda aliviar sus enormes problemas económicos a través de un incremento de las exportaciones.

Los economistas japoneses se han animado por los recientes comentarios de Lindsey, que parecían sugerir que el equipo de Bush preferiría que el yen bajara más, con el fin de que Japón incrementara sus excedentes comerciales, que presionar a Tokio para que continúe con las políticas keynesianas de elevados déficit presupuestarios propugnados por la administración Clinton.

Por primera vez en 20 años, parece como si Japón vaya a ser animado a exportar su recuperación. Esto es precisamente lo que preocupa a Bergsten y a otros, quienes temen que tal punto de vista relajaría la presión sobre Japón para que reestructure su economía, lleve el déficit de Estados Unidos hasta niveles políticamente insostenibles y aliente el proteccionismo norteamericano.

Muchos europeos estiman que el dólar ha bajado ya lo suficiente frente al euro, y que la reciente revalorización de éste debería quedar ahí, quizás a través de una intervención, para que se moviera alrededor de su

paridad con el dólar, si ello es posible. Europa teme mucho menos una precipitada caída del dólar. La subida del euro es contemplada en gran parte como fruto del descenso del dólar, no por una eventual ola de entusiasmo por la moneda europea.

Si la desaceleración de Estados Unidos demuestra ser tan breve como muchos economistas europeos predicen, el dólar no debería caer mucho frente al euro y podría revitalizarse de nuevo este mismo año. Si la ralentización de Estados Unidos se convierte en una recesión, arrastrará a Europa tras de sí.

El problema familiar es que nadie quiere que su propia moneda sea inadecuadamente fuerte. La intervención del otoño, que marcó el cambio de signo del euro, ha reanimado la confianza en muchas esferas en el sentido de que las monedas pueden ser administradas si se salen mucho de una línea dada. Ahora, todo el mundo desea saber si el equipo de Bush cree que esto debe ser así.

Bush: ¿Está próximo el Apocalipsis?

(Daniel Cohen, en *Le Monde*, 10 de enero)

Desde la Segunda Guerra Mundial, una inexorable regla está en todo momento vigente en Estados Unidos: son las administraciones republicanas las que fabrican las recesiones. Dicha regla ha tenido sólo una excepción: el segundo mandato de Reagan, el cual, sin embargo, había dado mucho de sí después de la primera elección, toda vez que fue entonces cuando el país registró la mayor recesión y la posguerra. Exceptuando los choques petrolíferos y la guerra del Golfo, todas las recesiones se produjeron de hecho en el curso del segundo año de una administración republicana. Ahora, la experiencia parece que se repite, ya que, suavemente, pero con firmeza, la economía norteamericana entra en lo que podría ser la primera recesión de la nueva economía. Las empresas multiplican los *profit warnings*, que revisan a la baja sus beneficios venideros, en una situación en la que las *vedettes*, como Amazona o Lucent, pierden hasta el 80 por 100 de su valor, forzando al banco central a bajar precipitadamente sus tipos de interés, cosa que no puede dejar de hacer pensar que la regla se cumplirá una vez más y que los republicanos serán las primeras víctimas de la crisis.

Como se espera generalmente más de los economistas que de leer las bolas de cristal, no es inútil recordar en primer lugar cómo esta impresionante regularidad ha sido interpretada.

Según Alberto Alesina, que puso en evidencia esta relación en un artículo publicado en los *NBER Macroeconomic Annuals, 1988*, los ciclos políticos tienen una traducción económica simple: los republicanos cogen regularmente con el pie cambiado a los agentes, queriendo eliminar los elementos inflacionistas de la economía, mientras que los demócratas —a la inversa— no dudan jamás en asumir el riesgo de una política más laxa de lo previsto. Las dos actitudes se refuerzan en parte la una con la otra. A los republicanos les toca el

trabajo duro de purgar la economía de los males legados por los demócratas, y a éstos el beneficio –en parte inmerecido– de aprovechar los ajustes realizados por los republicanos.

Pero hay más que un juego de toma y daca entre los dos partidos. Incluso cuando se suceden a sí mismos, los republicanos obtienen recesiones. Eisenhower fabrica una recesión en el curso de su segundo mandato, que repite la que conoció en el curso del primero, como le ocurrió a Nixon veinte años más tarde.

Hay, por supuesto, un “tic” de los republicanos a favor de los planes de enfriamiento. Se ve ahí la fuente esencial de las diferentes recesiones de después de la Guerra Mundial y las relaciones “a la antigua” que predominaban antes de la misma. En otros tiempos, las recesiones, todas ellas, tenían una causa endógena: crisis bancarias, bancarrotas en serie, crisis de materias primas. Después de la Segunda Guerra Mundial, todas tienen (con excepción de los choques petrolíferos y de la guerra del Golfo) por origen la acción deliberada de las autoridades –republicanas– para destruir los elementos inflacionistas de la economía.

Ninguna regla de la vida económica es, evidentemente, inmutable. Algunos piensan que después de la toma de posesión de Alan Greenspan, en 1987, la política económica entró en una nueva era, en la que las autoridades anticipan suficientemente pronto todas las manifestaciones inflacionistas para evitar después la necesidad de una ralentización brutal. Se espera entonces, de nuevo, del gran sacerdote de la economía mundial, que evite el escollo de la recesión como supo evitar el del sobrecalefacción. La decisión repentina de reducir los tipos de interés, sin ni siquiera esperar a la reunión prevista a este efecto a fines de mes, confirma su sentido de la oportunidad. El veredicto sobre su actuación está todavía por ver.

Greenspan, ciertamente, ha contenido la inflación de los bienes y los servicios, pero ha fracasado en evitar la inflación de los precios de los activos financieros, la cual habrá sido uno de los motores esenciales –pero cuán frágil– del crecimiento norteamericano. Un panorama como el que ha conocido Japón, donde el deshinchamiento del globo financiero aplastó la economía durante cerca de diez años (purga que aún no ha terminado), cosa que no debe excluirse. Cargar con el peso de una nueva deflación –esta vez financiera– podría ser una vez más una tarea de los republicanos. Esto es lo que explica la alternancia entre los dos partidos.

Instruidos por su propia historia, los republicanos, ¿han cambiado? Así podría creerse, entre otras razones porque los demócratas han evolucionado considerablemente, hasta el punto de que la ortodoxia financiera ha cambiado de campo: son los demócratas, en efecto, los ortodoxos virtuosos, y son los republicanos los que dan la impresión de laxitud. El buen *policy mix* no está en absoluto determinado por la cuestión de saber hasta dónde irá el déficit presupuestario: depende de muchos parámetros como el régimen de cambio, el riesgo inflacionista, la volatilidad de los capitales, el endeudamiento de la economía...

El Clinton que aumenta los impuestos al principio del mandato para dar todas las posibilidades a la apertura de la política monetaria y el Kennedy que decide exactamente lo contrario hacen la elección correcta y conforme a la situación en que se encuentran el uno y el otro. Por el contrario, el Reagan que incrementa el déficit y el Bush que se prepara a hacerlo no hacen, ni el uno ni el otro, una elección político-económica; hacen, uno y otro, una elección estrictamente política. Todo lo cual esclarece de otra forma la alternancia entre los dos partidos: a los demócratas, el oportunismo económico; a los republicanos, el oportunismo político; reparto de papeles que puede hacer pensar en la desconfianza de unos en relación con la economía y el cinismo de los otros en relación con la democracia.

Sea como fuere, el oportunismo político de Bush no llega en el mejor momento. Estados Unidos está, en efecto, sentado hoy sobre un barril de pólvora: el endeudamiento de su economía. Jugando con las finanzas públicas y prometiendo gastar lo más deprisa posible los saldos dejados por Clinton, Bush amenaza con derribar el castillo de deudas sobre el cual ha reposado la prosperidad norteamericana. El panorama apocalíptico sería en tal caso el siguiente. El déficit exterior, que sobrepasa ya el 4,5 por 100 del PIB, no se reabsorbe. Los inversores se inquietan, los capitales regresan a sus lugares de origen, Europa o Japón. El dólar se hunde, cosa que impide a la Reserva Federal continuar la reducción de los tipos, decepcionando a la bolsa, y acelera la caída de las cotizaciones de los activos. Se llega así a una situación como la japonesa, tan temida.

Lo peor no es, evidentemente, jamás seguro. Pero desde ahora, la ralentización anunciada promete revisar las doctrinas que han florecido en estos últimos tiempos sobre la supuesta influencia de lo político sobre la economía. Sobre el euro, en primer lugar, que conocerá una irresistible ascensión mientras la economía norteamericana pasará del riesgo de recalentamiento al riesgo de enfriamiento, y destruirá la idea según la cual el déficit político de Europa ha constituido el origen de su debilidad. Sobre los modelos a seguir en adelante, ningún éxito parece resistir mucho la usura del tiempo. Japón, que fue erigido hasta la náusea en modelo de crecimiento en los años 80, se ha derrumbado en los años 90. Hoy es Estados Unidos el país que va a conocer, tal vez, la misma amarga experiencia.

¿Qué país será el modelo de la década? ¿Europa? ¿China? Cualquiera que sea el veredicto, se deberá ser muy prudente a propósito de las lecciones que va a proporcionar. Vale más juzgar directamente la política económica que pretender desentrañar lo que viene de una u otra.

La recuperación del euro

(*Financial Times* de 8 de enero. Editorial)

Los esfuerzos del Banco Central Europeo para defender al euro hacia el fin del año pasado parecían la lucha por una causa perdida. Pero la economía norteamericana ha contribuido ahora a la revalorización del

15 por 100 de la moneda única, y todo hace pensar que el incremento del valor de ésta frente al dólar seguirá subiendo.

Los movimientos del tipo de cambio entre el dólar y el euro en estos dos últimos años han reflejado estrictamente los cambios de expectativas por lo que al crecimiento se refiere. La repetición de las buenas noticias sobre la evolución de la economía norteamericana y las dificultades que encontraba la economía europea hicieron que los inversores y los flujos de capital invadieran Estados Unidos.

Si esta manera de sucederse las cosas continúa, la fortaleza del euro está asegurada. El crecimiento de la economía de Estados Unidos disminuirá rápidamente este año, y el país puede incluso caer en una breve recesión. Por el contrario, es probable que el de la zona euro sólo haya experimentado una modesta desaceleración, y podría pasar del 3 por 100 al 2,5 por 100 este año. Los datos recientes muestran que si bien en la zona euro existe cierta debilidad –incluyendo el lento crecimiento de Alemania y algunos cuellos de botella en otras partes–, el panorama general es francamente positivo. A lo largo y ancho de la región, según el último informe de la Comisión Europea, la confianza sigue siendo sólida.

Un euro fuerte supone claramente malas noticias para los exportadores de Eurolandia, los cuales no sólo sufrirán una pérdida de competitividad a medida que el tipo de cambio evolucione contra ellos, sino que experimentarán también una reducción menor de la demanda interior, como consecuencia de que Estados Unidos y las regiones estrechamente ligadas a este país –incluyendo Asia e Iberoamérica– ralentizan asimismo el ritmo de sus economías. Hay, sin embargo, un consuelo. El Reino Unido, que todavía es todavía el principal interlocutor comercial de la zona euro, gozará de un fuerte crecimiento económico en 2001.

Pero una apreciación del tipo de cambio es un hecho positivo para la inflación. En la medida en que los precios de la importación son de nuevo más baratos, las presiones de los precios en la eurozona descenderán. Este proceso desinflacionista se verá reforzado por la caída de los precios del petróleo y un menor crecimiento global.

Con unos tipos de interés ya relativamente bajos en la región, es demasiado temprano hablar de recortes de los tipos por parte del BCE. Reducciones de impuestos que se están llevando a cabo en Alemania, Francia e Italia harán que el BCE se resista a añadir ímpetu monetario a una mayor descontracción fiscal.

En definitiva: una recuperación del euro puede que sea una de las pocas cosas buenas que resulten de una menor expansión de Estados Unidos.

La crisis USA puede no ser tan mala

(David Leonhart, en *Herald Tribune* de 25 de enero)

Después de la más floja campaña de compras na-

videñas de los diez últimos años, los norteamericanos parece que han abierto cautelosamente sus bolsas en las primeras semanas de 2001, gastando más de lo que los ejecutivos y analistas habían previsto.

General Motors Corp. dijo la semana pasada que sus ventas de enero han sido inesperadamente importantes, y Daimler-Chrysler AG ha suspendido planes dirigidos a cerrar temporalmente dos plantas este mes al mejorar la demanda de los consumidores.

Después de bajar rápidamente en diciembre, la demanda de hipotecas para la compra de viviendas ha reaccionado y se halla de nuevo cerca de su punto máximo jamás alcanzado, según Mortgage Bankers Association. Gastos en restaurantes y en la compra de discos compactos y de videos ha aumentado más este mes de lo que lo hizo en diciembre, según el seguimiento de compras con tarjeta de crédito realizado por Visa USA.

Casi todos los grandes distribuidores de Estados Unidos –incluyendo a J.C.Perny Co., Kmart Corp., Sears, Roebuck & Co. y Target Corp.– han vendido más artículos en las pasadas tres semanas de lo que habían programado. En conjunto, las ventas en las mayores cadenas de distribución aumentarán casi el 4 por 100 este mes con respecto a enero de 2000, según el Banco de Toquio-Mitsubishi, que publica un índice semanal de ventas al por menor. En diciembre, las ventas en almacenes crecieron sólo un 0,7 por 100. Los economistas señalan que es más probable que no haya recesión este año que sí la haya. Los beneficios de las empresas puede que bajen, pero un mercado de trabajo distendido y unos tipos de interés a la baja mantienen a los consumidores en una situación que no puede sorprender que el *boom* prosiga, dicen los economistas.

Los analistas advierten, sin embargo, que los datos de enero cubren un período corto de tiempo del mes de menos ventas del año. La recuperación podría reflejar el tiempo, más que ninguna otra cosa, toda vez que una serie de tormentas mantuvo a la gente en sus casas y le hizo aplazar muchas compras.

Aunque el gasto de los consumidores –que representa alrededor de las dos terceras partes de la economía– continúe recuperándose después de los malos días de diciembre, siguen existiendo riesgos de recesión. Han crecido los stocks últimamente, lo que indica que las empresas pueden verse obligadas a disminuir su producción y a despedir trabajadores en los próximos meses. Muchas compañías están reduciendo sus inversiones en equipo y ordenadores, después de años de fuerte inversión, y la Organización de Países Productores de Petróleo ha anunciado la semana pasada una disminución de la producción de crudo, en un esfuerzo para elevar los precios.

Pero la mayoría de los norteamericanos siguen optimistas sobre la economía, aunque no estén tan eufóricos como en 1999 y 2000.

Muchos creen que la economía va peor, pero el 63 por 100 de la población espera estar mejor de aquí a un año de lo que está hoy, según una encuesta.

Los economistas manifiestan que con el sorprendente recorte del tipo de interés por parte de la Reserva Federal, el 3 de enero, se produjo una elevación de las cotizaciones de la que resultó un incremento de la confianza general, mejorando el estado de ánimo de algunas semanas atrás. Desde primero de año, el índice Nasdaq subió un 24 por 100, mientras que los índices Standard, Poor y Dow Jones ha mejorado también, aunque más modestamente.

EE.UU.: El impacto exterior de la contracción

(Los Angeles Times – Herald Tribune de 12 de enero)

Despido en las fábricas de piezas y partes de automóviles en Méjico; cierre de plantas de semiconductores en Taiwan; reducción de la demanda de fletes aéreos y marítimos a lo largo de Asia: todo esto constituyen señales de una ola de los problemas de todo orden que se van extendiendo por todo el mundo a medida que la poderosa economía norteamericana da muestras de contracción.

Si todo ello es temporal o no y se limita o no a los países más vulnerables dependerá en gran medida de si Estados Unidos limita o no, y en qué medida, las señales de desaceleración que se han manifestado últimamente.

Sea como fuere, en cualquier caso, el panorama global que hoy se observa no tiene nada que ver con el pánico generalizado que provocó la crisis financiera asiática de 1997.

Una de las razones es que la contracción de Estados Unidos, hasta ahora, parece cíclica y normal, y no desencadenada por una crisis. Otra razón es que la expansión tecnológica de los últimos años ha dejado a la economía global en una buena situación para capear el posible debilitamiento de Norteamérica.

Incluso los económica y políticamente frágiles nuevos gobiernos de Tailandia, Corea del Sur y Taiwan han reconstruido sus reservas exteriores, y han empezado a reformar sus endeudados conglomerados y sistemas bancarios. El Este de Asia no es ya el castillo de naipes que fue a mediados de los años 90.

“No creo que lo que ocurre en Estados Unidos conduzca a una recesión mundial, pero sí que ocasione cierta paralización de la actividad”, dijo Barry Bosworth, economista de Brookings Institutions. “Es una suerte que lo que ocurre hoy no ocurriera un par de años atrás. La economía global está hoy en una situación muchos mejor que entonces”.

Sin embargo, incluso una ligera contracción de la economía de Estados Unidos, que consume el 30 por 100 de la producción mundial, puede tener repercusiones preocupantes en zonas lejanas, como consecuencia de la mayor interdependencia que une a los trabajadores de las cadenas de montaje de Méjico con los obreros automovilísticos de Detroit, y los constructores de barcos de Taiwan con las compañías de ordenadores de Silicon Valley.

Canadá, Méjico y Japón son particularmente vulnerables, y lo mismo ocurre con aquellos otros que, alrededor del mundo, han unido sus fortunas con el carro de la tecnología, como es el caso de Irlanda y Singapur. También corre peligro la red global que sostiene a los fabricantes de automóviles, aviones y otros productos norteamericanos que incorporan mucho capital.

La región menos vulnerable es el Occidente europeo, donde la mayor parte del comercio exterior se realiza en el interior de sus fronteras y donde los 12 miembros de la zona euro son probablemente lo suficientemente fuertes como para resistir los embates que llegan de fuera.

Lo mejor, con todo, es el hecho de que la economía global puede transmitir información tan rápidamente que las empresas modernas pueden conocer hasta las primeras señales de los obstáculos que puedan aparecer en cualquier parte del mundo, lo que les permite adaptar su producción según sea el curso de los mercados. Por otra parte, los bancos centrales pueden teóricamente modificar los tipos de interés según sean las circunstancias de la crisis.

Pero todo ello no puede evitar los repentinos cambios de actitud y de confianza que se pueden producir entre consumidores y empresas, susceptibles de invertir el curso de los acontecimientos.

Nueve razones para ser optimistas

(Financial Times de 30 de diciembre. Editorial)

El primer año del milenio termina en una ola de ansiedad. Como dijo ayer el gobernador del Banco de Inglaterra, un estornudo de la economía de Estados Unidos mayor de lo esperado podría poner pronto al resto del mundo en la lista de enfermos. Per hay muchas razones para el optimismo. He ahí nueve.

Primera. La desaceleración de la economía de Estados Unidos era inevitable. También era deseable después de una década de fuerte crecimiento, los últimos cuatro años a una tasa anual de 4,5 por 100 anual. El mundo ha contemplado cómo el índice Nasdaq de acciones tecnológicas bajaba el 50 por 100 después de haber alcanzado un máximo en marzo, y esto sin que se produjera pánico alguno. E incluso si posteriores caídas afectaran a la baja a las acciones tradicionales, los inversores están sentados en un confortable asiento. El índice Wildshire 500, que cubre un amplio muestrario de acciones norteamericanas, ha caído un 16 por 100 de su máximo, pero está aún cuatro veces mejor que 10 años atrás. De modo que si un aterrizaje suave se convirtiera en accidentado, hay muchas probabilidades de que el aterrizaje no sería violento.

Segunda. Aunque el mundo pueda pensar en un contratiempo, las economías desarrolladas están equipadas con mejores antichoques que en crisis anteriores. Se espera que la tasa de inflación media sea de alrededor del 2 por 100 el próximo año. A parte de Japón,

los déficit presupuestarios se hallan bajo control. Un giro hacia unas políticas económicas de libre mercado, incluso en la Europa socialdemócrata, ofrece la esperanza de que en cualquier recesión los errores de los años 70 serán evitados.

Tercera. El mundo debería agradecer que el país más poderoso de la historia utilice su poderío militar y económico tan benignamente. En los últimos 50 años, Estados Unidos ha creado más riqueza real que todos los otros países juntos en todos los años anteriores a 1950. Se trata de la primera gran potencia a preferir el desarrollo económico al dominio imperialista. Y es sólo el segundo en los dos últimos milenios que se fundamenta en la libertad y la democracia.

Cuarta. La mayor amenaza a la estabilidad política desde la derrota del fascismo ha retrocedido claramente. Después del colapso del comunismo soviético, una década atrás, Rusia debe esforzarse para no caer en la anarquía y el caos económico. Después de nueve años en los que su economía se redujo un 50 por 100, reanudó el desarrollo en 1999 y creció este año un notable 7 por 100. Vladimir Putin tiene que hacer frente todavía a una tarea enorme, pero el presidente ha consolidado su poder, y Rusia ha dejado de derrumbarse, al tiempo que el otro gran país comunista sigue abriéndose cautelosamente al libre comercio y a la economía de mercado. El acceso de China a la Organización Mundial de Comercio el año próximo debería constituir una piedra angular en su tortuoso camino.

Quinta. Los productores de petróleo no tienen nada que se parezca al poder de desestabilizar la economía mundial que mostraron en los años 70. Después de alcanzar unos precios del crudo superiores a los 30 dólares el barril, los mercados esperan poder volver a unos precios de alrededor de 25 dólares en primavera.

Sexta. Europa muestra una mejor forma, en parte como resultado de la recuperación del 8 por 100 del euro, pero también como consecuencia de su evolución satisfactoria hacia una economía de libre mercado. Después de un crecimiento del 3,5 por 100 este año, las perspectivas para 2001 parecen sólidas... siempre que se evite un desastre global. El progreso es lento en el sentido de mejorar la situación de las antiguas colonias soviéticas del Este de Europa, pero real, a pesar de las dificultades existentes.

Séptima. Prosigue el progreso de la ciencia, del que resulta un mayor bienestar para la humanidad. La revolución de los ordenadores y de las telecomunicaciones continuará generando mejoras en eficacia económica, y lo mismo ocurre con los avances médicos, llenos de promesas.

Octava. El comercio mundial, que creció 19 veces en la segunda mitad del siglo XX, todavía ofrece la clave para unas mejores vidas para los ricos y para los pobres. En Occidente ha supuesto grandes mejoras en la calidad de los alimentos y una cornucopia de otros bienes. Los que se manifiestan contra la globalidad están equivocados al decir que ésta solo favorece a una parte de la humanidad. El comercio exterior ha favorecido a los países en vías de desarrollo, haciéndoles crecer a la tasa anual del 5,6 por 100 en la última dé-

cada, con grandes mejoras en los campos de la salud y del bienestar.

Finalmente, debe considerarse a los 1,2 m.m. de seres –una quinta parte de la población mundial– que viven en la extrema pobreza con menos de 1 dólar al día. Aunque es difícil ser optimista, particularmente respecto a los que viven en África, la actuación reciente del Banco Mundial, haciéndose cargo de 34 m.m. de dólares de deuda de 22 países, señala el camino a seguir. El mundo tiene recursos suficientes para sacar a la mayoría, sino a toda la población, de la situación de necesidad extrema en que se halla.

Para conseguirlo se necesita algo más que optimismo: trabajo duro y decisiones arriesgadas deben ir acompañadas en los países más pobres de la determinación de Occidente de ofrecer una ayuda que se necesita desesperadamente.

El crecimiento récord mundial del año 2000

(*Le Monde* de 31 de diciembre – 1 de enero)

A pesar del correspondiente susto, la explosión de los precios del petróleo no habrá conseguido estropear el mejor año que la economía mundial ha conocido en la última década. Todo lo que habrá conseguido habrá sido reducir unas décimas de punto el crecimiento, así como suscitar algunos temores –infundados hasta el momento– en el frente de la inflación. El cambio de siglo, sin embargo, habrá supuesto el fin de los récords. Después del 4,75 por 100 de expansión, la buena salud mundial debería reaparecer a ritmos más modestos, aunque todavía sostenidos: 4,2 por 100 según el FMI; 4 por 100 según la OCDE.

El planeta se ha beneficiado a la vez de un efecto de ciclo tradicional (después de veinte años de dudas las economías se hallan de nuevo en la fase superior del ciclo) y de la llegada de una ola tecnológica sin precedentes. Los dos fenómenos se han combinado para acelerar el crecimiento y para mejorar la calidad. Las perturbaciones provocadas por el aumento de los precios del oro negro han ilustrado esa cohabitación entre la vieja economía y la nueva. Mientras se acepta que el crecimiento norteamericano –que arrastra al crecimiento mundial– debe el 15 por 100 de su vigor a las nuevas tecnologías, es la volatilidad de una primera materia símbolo de la vieja economía la que ha provocado los temores de una recaída.

Los precios mundiales del petróleo casi se han doblado, como media, después de su caída brutal en 1986. Pero contrariamente a lo que se había producido con ocasión de los choques petrolíferos de los años 70, esta vez la inflación no ha aumentado más que lentamente, habiendo seguido siendo débil en la mayor parte de los países.

Estados Unidos ha seguido encabezando la lista de países en crecimiento, pero ahora ya no están solos: Europa empieza a tomar el relevo con un crecimiento de 3,5 por 100 en 2000.

El fenómeno más notable ha sido una recuperación casi general de las economías mundiales: después de Asia –con la excepción notable de Japón, que ha presentado aún un encefalograma casi plano–, Iberoamérica, los países en transición y África han reanudado una actividad dinámica que ha supuesto casi el doble de los intercambios comerciales. Por otra parte, los numerosos riesgos que tenía ante sí el crecimiento mundial no se han manifestado en el año 2000, pero subsisten. Sobre todo los grandes desequilibrios económicos y financieros como el déficit récord de la balanza de pagos norteamericana y los excedentes de Japón y de Europa (según el FMI).

Por lo demás, muchos son los problemas de la perpetuidad de ese crecimiento. El alza de los precios del petróleo –con el mecanismo de contagio inflacionista que induce– conducirá a los bancos centrales a restringir drásticamente su política monetaria. Los países emergentes, ¿deberán hacer de nuevo frente a los desafíos de los mercados financieros? La nueva economía, ¿va a extenderse a los países del Viejo Continente y sostener durablemente la actividad? El principio del tercer milenio podría ser menos eufórico que el final del segundo.

Euro: el año decisivo

(*Le Monde* de 3 de enero. Editorial)

La duración del proceso había terminado por hacerlo olvidar: el año que empieza acabará con el paso definitivo al euro, moneda única de doce países europeos. En el curso de los 12 meses futuros, se deberán salvar varios obstáculos, de naturaleza práctica o técnica, para alcanzar, por fin, el objetivo.

El 1 de enero de 2002 el franco, como todas las otras monedas nacionales, desaparecerá ante la moneda común, pero no cesará oficialmente de existir más que el 17 de febrero de 2002 a medianoche. Entre esas dos fechas, el período llamado de doble circulación permitirá cambiar monedas y billetes, liquidar todavía compras de mercancías con francos, pero lo más frecuente será que sean reembolsadas en euros. Seguidamente, y hasta el 30 de junio, será posible dirigirse a los bancos, que efectuarán gratuitamente la operación, sin duda sólo para sus clientes, antes de que, en la última fase, el Banco de Francia deje de aceptar monedas durante tres años y billetes durante diez años.

En ese momento, los expertos estiman que 150 m.m. de francos, atesorados esencialmente en billetes de 500 y 200 francos, volverán a ver la luz, sea porque hubieran estado guardados debajo del calcetín, sea porque tenían un origen dudoso. Una ganga para los establecimientos bancarios que va acompañada de un riesgo a causa de un posible lavado de dinero negro.

Sea como fuere, con el nuevo milenio se abre un momento histórico. Nunca, en el pasado, una alteración fiduciaria se había producido simultáneamente en tantos países. Nunca, igualmente, un evento de tal magnitud habrá tenido tanto significado en los planos

político y económico. La Europa fuerte, que el presidente de la República y el primer ministro celebraron en sus mensajes de fin de año, depende en gran parte de su éxito. Las próximas etapas serán decisivas para los pueblos afectados y para la idea que se harán, con las generaciones futuras, de la construcción europea.

Razón de más para interesarse por el buen encañamiento de los eventos fijados en el calendario de la conversión monetaria, en el curso de este año decisivo. Y ello tanto más cuanto que éste está ya marcado por la preparación de las elecciones legislativas y presidenciales de 2002. Que todo vaya bien o, al contrario, que se produzcan incidencias negativas podría influir en los resultados.

El euro está en mejor estado de salud de lo que había sido el caso hace algunos meses. Aunque ha llegado a perder un 20 por 100 frente al dólar desde su lanzamiento el 1 de enero de 1999, el euro se aproxima ahora a la paridad, como consecuencia de la desaceleración de la economía norteamericana. ¿Será esto suficiente para que la adhesión popular se realice a favor de la nueva moneda? Hasta ahora, el paso al euro era un tema de tecnócratas y de los bancos centrales. En adelante, será un tema de todos, de los comportamientos, de las reacciones de todos los días. En la recta final, todo dependerá de la capacidad de las opiniones a adoptarse.

2000, un año récord

(*Le Monde* de 30 de diciembre. Editorial)

Sumisa en la duda al fin del verano, la economía francesa –y europea– acaba el año brillantemente. Prácticamente todos los índices están orientados positivamente. El paro, que retrocede todos los meses, casi sin interrupción, está en condiciones de poder alcanzar su nivel histórico más bajo desde 1983. Esto es lo que confirman las últimas cifras publicadas por el Ministerio del Empleo la víspera del Año Nuevo. En un mes, el número de los solicitantes de empleo ha vuelto a descender en 40.000, con lo que la tasa de desempleo afecta al 9,2 por 100 de la población activa.

A un ritmo diez veces superior al de los últimos 20 años, e incluso dos veces más elevado que el de los años 60, la creación de empleo no cesa, paralelamente, de superar récords. Pierre-Alain Muet, consejero económico del primer ministro, escribe triunfalmente a este respecto que “los años 1998, 1999 y 2000 figurarán así entre los de mejores resultados de todo el siglo”.

Por un momento, sin embargo, pudo temerse que la bonita mecánica del crecimiento reencontrado se detuviera y, con ella, la confianza de los franceses, que la ha alimentado con un consumo sólido. La debilidad del euro en relación con el dólar amenazaba con perjudicar a las empresas. Asociada con la subida de los precios del petróleo por encima del listón de los 35 dólares el barril, esta anemia ha traído consigo un pequeño aumento de la inflación y ha provocado la vuelta de un déficit comercial, debido, en lo esencial, a la factura energética.

Todo esto está olvidado. Mientras Francia ha registrado el mayor crecimiento de Europa este año, la moneda única ha mejorado su posición, estos últimos días. Con una alza del 13 por 100, a 0,93 dólares, su paridad con la moneda norteamericana está a la vista y constituye una hipótesis razonable. Al mismo tiempo, el coste del barril de petróleo ha vuelto a situarse por debajo de los 22 dólares, sin que parezca que su coste haya de recuperarse de nuevo pronto.

Este año, el último del segundo milenio, acaba al son de los clarines. Y las perspectivas son asimismo buenas, por lo menos a corto plazo. Después de haber perdido ligeramente poder de compra en el tercer trimestre, los franceses han reanudado el curso con ganancias que proseguirán en el primer semestre de 2001, según prevé el INSEE. Menos influido por las 35 horas, el ritmo de creación de empleos debería, ciertamente, ralentizarse ligeramente, pero esto debería compensarse, económicamente, con una aceleración salarial. Ello permitiría a las familias mantener el crecimiento con su propio consumo. Por lo que se refiere al paro, debería continuar su reflujó, sin duda, para alcanzar una tasa de 8,7 por 100 el 30 de junio de 2001. Entonces se confirmaría que Francia ocupa el primer puesto europeo por lo que se refiere a la rapidez de la reducción del paro.

Pero toda medalla tiene su reverso. En parte, la actual coyuntura se explica por las tribulaciones actuales de la economía norteamericana, en la que el índice de confianza se halla en lo más bajo de los dos últimos años. Con retraso, una desaceleración en el otro lado del Atlántico podría frenar a Francia y a Europa.

Berlín, París y la integración europea

(Daniel Vernet, en *Le Monde* de 21-22 de enero)

“El Consejo europeo de Niza y la presidencia francesa constituyeron apreciables éxitos”, han repetido una y otra vez el canciller Gerhard Schroeder, el ministro francés de Asuntos Exteriores, Hubert Védrine, y su colega alemán, Joschka Fischer, en el Foro Internacional organizado por la Fundación Betelsmann el viernes 19 y el sábado 20 de enero en Berlín.

Sólo Romano Prodi se mojó: “El resultado de Niza”, susurró, “sólo ha sido un éxito en parte, como ha dicho el canciller”. El canciller no había dicho nada en ese sentido, pero tal vez el presidente de la Comisión interpretaba, no las declaraciones, sino su pensamiento.

Del mismo modo, cuando Fischer explicó que “Niza había aportado la prueba de que la cooperación franco-alemana sigue siendo el motor de Europa”, uno no podía dejar de pensar que era la reducción al absurdo, toda vez que la ausencia de entendimiento entre Francia y Alemania no estuvo ausente en las dificultades del último Consejo europeo del mes de diciembre y en sus resultados mediocres.

Sea como fuere, del lado alemán se aprendieron lecciones en Niza. Éstas son dobles. Por una parte, las relaciones franco-alemanas deben ser “redefinidas”,

como había declarado Schroeder desde el día siguiente a la reunión en la cumbre. Por otra, el método empleado para preparar la conferencia intergubernamental sobre las reformas institucionales conduce a un *impasse*.

La conclusión fue formulada en los términos siguientes por el canciller dirigiéndose a sus interlocutores franceses: “Por lo que se refiere a Europa” –dijo– “la redefinición de las relaciones franco-alemanas significa que, entre una Europa intergubernamental y una Europa integrada, París y Berlín deben pronunciarse por una Europa integrada. La nueva cualidad de la cooperación franco-alemana debe permitir reforzar la Comisión. Debemos pensar y actuar con la perspectiva de la integración y no de la cooperación entre gobiernos”.

Jamás, sin duda, el canciller, quien por otra parte se ha pronunciado a favor de la preparación de una “Ley Fundamental” para la Unión Europea en el horizonte 2004, se había expresado de una manera tan clara en el debate europeo. Hasta entonces, había dado la impresión de dejar a Joschka Fischer el cuidado de desarrollar “a título personal” las ideas sobre el porvenir de Europa.

Pero Gerhard Schroeder se alteró por las discusiones de Niza y la degradación de las relaciones con París. Las reflexiones escuchadas aquí o allá sobre el riesgo de una hegemonía alemana en Europa le han convencido también, de acuerdo con su ministro de Asuntos Exteriores, que una profesión de fe renovada a favor de la Europa comunitaria ofrecería la “contención” (*retenue*) que corresponde a una gran potencia. Queda por conocer la acogida que tal proposición recibiría del lado francés. En Berlín, Hubert Védrine estuvo muy prudente. “Francia”, dijo, “tiene una ambición intacta y objetivos simples: conservar lo conseguido y organizar la posibilidad de ir más lejos, cada vez que la acción común sea la más eficaz”.

Los alemanes desearían compromisos más vigorosos y querrían que el encuentro informal de Estrasburgo del 31 de enero entre el canciller, el presidente de la República, el primer ministro y sus ministros de Asuntos Exteriores condujera a un trabajo común.

Por el contrario, París se contentaría con un simple *brainstorming*, toda vez que, en tiempos de cohabitación y de proximidad de una larga campaña presidencial, el momento no es el mejor para decisiones espectaculares.

EE.UU.: Davos no cree en una recesión

(Eric le Boucher y Serge Marti, en *Le Monde* de 30 de enero)

“Sostener el crecimiento y reducir las fracturas”, este era el orden del día que organizadores del Forum económico intermundial –que se abrió el jueves 25 de enero en Davos– habían elegido para señalar la edición número 31 de ese evento, que ha de terminar el 30 de este mes. Las últimas noticias llegadas de Estados Unidos confirman que el aterrizaje es más brutal de lo que

se preveía y que el "sostenimiento" del crecimiento mundial deberá proceder de otras partes, sin duda de Europa. Por lo que se refiere a las "fracturas" numéricas, sociales, incluso religiosas, no han tenido tantos ecos en el centro de los congresos de la estación invernal. En Davos habrán figurado en buen lugar las empresas emblemáticas de la nueva economía pero también 69 representantes de organizaciones no gubernamentales (ONG) y de numerosos sindicalistas, todos muy críticos respecto a la dirección de las multinacionales y de la mundialización.

El tema dominante en Davos habrá sido la economía norteamericana. Stanley Fischer, el primer director general adjunto del Fondo Monetario Internacional, no ha esperado tener a la vista las últimas cifras del PIB norteamericano para anunciar la revisión a la baja de las perspectivas de crecimiento de la economía mundial, reducidas al 3,5 por 100 para el año en curso, frente al 4,2 por 100 en septiembre. Un ajuste esencialmente imputable al brusco ralentizamiento de la actividad en Estados Unidos. Pero Stanley Fischer ha desdramatizado la situación estimando que la Reserva Federal norteamericana había reaccionado perfectamente, procediendo a principios de enero a una disminución de los tipos de interés (que será sin duda seguida de otras). El número dos del FMI ha igualmente ratificado el programa drástico de reducción de impuestos de la nueva administración Bush, estimando que, en un período de contra-ciclo y de urgencia, una medida de tal naturaleza podía ser "eficaz". Esta corrección del crecimiento ininterrumpido de la economía norteamericana después de cerca de un decenio, juzgada "inevitable, teniendo en cuenta los desequilibrios internos y externos constatados después de varios años", por Laurent Fabius, ministro francés de economía y finanzas, anuncia un año algo accidentado, según Alan Blinder, profesor de la universidad de Princeton. Este antiguo vicepresidente de la Reserva Federal estima en un 30 por 100 el riesgo de que Estados Unidos bascule francamente hacia la recesión. Si una situación de esta naturaleza se produjera, sería para un lapso de tiempo que no debería superar uno o dos trimestres, con una recuperación en la segunda mitad de 2001. Esta minirecesión sería, según Blinder, sectorial, y afectaría esencialmente el sector del automóvil, así como otros sectores manufactureros.

Para Martín Feldstein, presidente del National Bureau of Economic Research, que ha participado activamente en los análisis fiscales del programa electoral de George Bush, el futuro de la economía norteamericana está ampliamente asegurado por los 5.700 m.m. de dólares (o incluso los 1.900 ó los 2.000 m.m. de dólares, si resultan ser ciertas las cifras de algunos Republicanos) de reducciones fiscales, que no representarían ningún riesgo, a juicio de aquél. Mientras tanto, los ciudadanos no entenderían que se les privara de esa suma que se les devuelve. De todas formas, esos ciudadanos lo han gastado ya.

La caída de la economía norteamericana tiene una primera consecuencia: Europa se convertirá en la primera región de crecimiento este año. Esto, normalmente, debería ser beneficioso para el euro frente al dólar. Los economistas de Davos están conformes en su mayoría con las previsiones de los gobiernos, y con-

sideran una expansión comprendida entre un poco más del 2 por 100 y un poco menos del 3 por 100. "Europa no está inmunizada contra las consecuencias de la caída de la economía norteamericana", ha dicho Blinder. El banco Morgan Stanley ha calculado que ella disminuiría en un 0,3 por 100 el crecimiento de los quince, que el banco reduce a 2,2 por 100 en 2001. Este resultado es bueno, el doble del de Estados Unidos para el conjunto del año, pero "es insuficiente para poder considerar al Viejo Continente como el nuevo motor mundial", según Jürgen von Hagen, profesor de la universidad de Bonn.

Las armas europeas son conocidas: las exportaciones hacia Estados Unidos no representan más que un 2 por 100 del PIB europeo; las rebajas de impuestos programadas en Alemania, Francia y otros países van a sostener el consumo; las empresas siguen optimistas, e invierten. Por el contrario, la subida del euro va a limitar la competitividad europea. El margen de maniobra presupuestario de los gobiernos es igualmente reducido. En cuanto al Banco Central Europeo, lo que hará será escrutar la inflación, que sigue estando por debajo del 2,5 por 100 antes de bajar sus tipos de interés, incluso si su homólogo americano muestra atrevidamente la vía.

La otra gran zona del mundo de la economía, Japón, continúa inspirando temores en Davos. El primer ministro japonés, Yoshiro Mori, hizo el viaje para pedirles a los congresistas "que acaben con los recelos que suscita su país", y para convencerles que la recuperación "es muy superior a lo que se piensa". Mori anunció un crecimiento para el año fiscal actual (que termina a finales de marzo) de 1,2 por 100, y de 1,7 por 100 para el siguiente.

El análisis completo de la economía mundial pasa por una China "que marcha bien", el resto de Asia que ha reaccionado y una Iberoamérica que debería alcanzar un crecimiento del 3,5 por 100. Pero el peso de Estados Unidos, real y psicológico, y el muy severo tropiezo en la relación con la euforia del año pasado son tales que el ambiente de Davos es gris, sin llegar a ser pesimista.

Davos-Porto Alegre

(*Le Monde* de 31 de enero. Editorial)

Por un lado, en Davos, los portavoces de la mundialización y, por el otro, aquellos que la denuncian. La presentación es simplista. No da cuenta correctamente de lo que se ha dicho los últimos cuatro días en los dos foros reunidos -uno en los Alpes suizos, el otro en Brasil- para debatir sobre el estado de la economía mundial. Desde hace ya algunos años, los de Davos, o, por lo menos, algunos de ellos, patronos o responsables políticos, no son ya beatamente convencidos de los méritos de una economía de mercado sin limitaciones ni fronteras. Y los de Porto Alegre, por lo menos algunos de estos, políticos, sindicalistas y militantes ecologistas, no piden de ningún modo una regresión comercial, proteccionista. Saben que los países del Sur serían los primeros en pagar los platos rotos.

Por mecanismos mediáticos interpuestos, los dos foros han impuesto una reflexión crítica sobre eso que se llama mundialización: la liberalización más y más acentuada de los intercambios comerciales y financieros. Ésta es la ocasión, primero, de recordar ciertas cifras. Apenas más del 10 por 100 de la población mundial produce y consume más del 70 por 100 de los bienes y servicios de este mundo. Más radicalmente, esto significa que la mitad de la población mundial, tres mil millones de individuos, vive con menos de 2 dólares diarios. Es la fractura de la vergüenza. Y estos mismos tres millones generan apenas el 10 por 100 de la producción mundial.

¿Qué conclusión se deduce? Progresivamente puesta en marcha a partir de 1945, y más tarde más aceleradamente desde hace unos 15 años, la liberalización de los intercambios ¿es responsable del estado de absoluta pobreza que es el de esos tres mil millones de hombres al comienzo del tercer milenio? Eso sería demasiado simple. Lo que ha crecido, estos últimos años, es la desigualdad, más que la pobreza. En todas partes donde ha habido crecimiento –en todo el Asia del este y del sur, en especial China, pero también en la India–, la pobreza ha retrocedido. Y en esas regiones, lo que ha promovido el crecimiento es la liberalización de los intercambios. Fue, es cierto, un motor brutal creador de un desarrollo muy desigual, pero creador al fin y al cabo.

Dicho claramente: la riqueza mayor de unos no se reduce a la pobreza de los otros; puede también crear para todos. Pero con la condición de cambiar un poco las reglas del juego. Las proposiciones hechas en Porto Alegre –anulación de la deuda del tercer mundo, grabación de las transacciones financieras, prohibición de los paraísos fiscales– traducen la necesidad de una reglamentación de la mundialización para combatir los efectos desigualitarios más devastadores; manifiestan la necesidad evidente, escandalosa de una manera de intervención pública (¿por acuerdos internacionales?) para controlar un mercado efectivamente más global. Si los mercados son mundializados, se debe mundializar también la necesaria solidaridad a fin de que las diferencias de crecimiento no acentúen la fractura de la vergüenza.

EE.UU. ¿Bastarán las reducciones de los tipos?

(*The Economist* de 3 de febrero. Editorial)

¿Serán suficientes las reducciones del tipo de interés para evitar una recesión? La última decisión de la Reserva Federal a este respecto prueba que la desaceleración de la economía norteamericana es más profunda de lo esperado. El PIB subió el cuarto trimestre de 2000 a una tasa anual de 1,4 por 100, frente al 5 por 100 del primer trimestre y, según Greenspan, en el primer trimestre de 2001 puede estar quedando reducido a cero. La industria está ya en recesión, y la confianza del consumidor cayó en enero a su nivel más bajo de los últimos cuatro años. Si el gasto de los consumidores se reduce, la recesión será inevitable.

Los últimos datos indican que la Reserva Federal

está probablemente acertada en el recorte de los tipos de interés. Pero, ¿están los mercados financieros y los comentaristas en lo cierto en su fe según la cual una distensión agresiva por la Reserva Federal resolverá el problema? Creen que la economía norteamericana experimentará nada menos que una breve pausa en su crecimiento en la primera mitad de este año antes de reaccionar en la segunda –una fuerte recuperación en forma de v– gracias a unos tipos de interés más bajos y unos menores impuestos. En un discurso de la semana pasada, Greenspan ilusionó a la administración Bush dando luz verde a la rebaja del impuesto sobre la renta. Pero Greenspan advirtió con razón que la política fiscal se mueve demasiado lentamente para ser realmente útil para conducir la economía lo largo del ciclo. Con la inflación controlada, los mercados ven espacio para otros cortes de los tipos de interés.

Greenspan es el más reverenciado de los gobernadores de bancos centrales que se recuerdan, pero si los inversores se dan cuenta del reto que ahora tiene ante sí, se inquietarán todavía más, sin duda. Una vez que la economía se detenga, es difícil disponer de un aterrizaje suave. La política monetaria puede actuar más rápidamente que la política fiscal, pero también necesita tiempo. Las alteraciones de los tipos de interés, típicamente, necesitan por lo menos seis meses para que produzcan algún efecto sobre la demanda, y un año para que muestren su efecto pleno. Por lo tanto, si los recortes de los tipos de interés pueden ciertamente aliviar una recesión, puede que lleguen demasiado tarde para eludirla completamente. Por otro lado, dado que las familias norteamericanas tienen ya un alarmante nivel de deudas y tasas de ahorro negativas los recortes de los tipos de interés pueden resultar menos efectivos de lo normal para activar la obtención de créditos y el gasto.

La única manera de que las rebajas de los tipos actúen con diligencia es estimulando el precio de las acciones. Desde primeros de enero, el índice Nasdaq ha subido alrededor del 20 por 100, mientras que el índice más amplio de la bolsa de valores lo ha hecho un 8 por 100. Otras subidas podrían contribuir a la restauración de la riqueza de las familias y, en consecuencia, la confianza. Pero hay un inconveniente. Supóngase que la Reserva Federal consigue incrementar efectivamente los precios de las acciones y el gasto de los consumidores, eludiendo la recesión, consiguiendo que la economía siga creciendo alrededor de un 2 por 100 este año, y un 3 por 100 el año próximo. Ese perfecto “aterrizaje suave” apenas serviría para reducir todos los desequilibrios económicos y financieros. Las deudas de los hogares y de las empresas permanecerían alarmantemente elevadas. Los precios de las acciones continuarían siendo sobrevaloradas: sí, aún están sobrevalorados a pesar del descenso del año pasado. Y el déficit por cuenta corriente seguiría siendo enorme...

La Reserva Federal juega su mejor carta

(*Financial Times*, de 11 de febrero. Editorial)

Lo que busca la Reserva Federal es una política monetaria ni demasiado suelta ni demasiado tensa;

justo lo suficiente para evitar una gran recesión sin repetir otro *boom*. El recorte de ayer del tipo de interés de medio punto fue el mejor equilibrio que desearse pueda.

La cifras dadas a conocer en los dos últimos días han mostrado que Estados Unidos está siendo atacado por un enfriamiento de la inversión y de una reducida confianza del consumidor.

Tres años de una inversión de doble dígito han sido magníficos para la productividad y para el aumento de la producción, pero han dejado muchas compañías con elevados niveles de deuda y, en algunos casos, con una supercapacidad. Ahora, a medida que las ganancias bajan, los planes de inversión son el objetivo ideal para recortes. Ayer, las cifras del PIB para el cuarto trimestre confirmaron lo dicho, mostrando un descenso de la inversión de los no residentes de un anualizado 1,5 por 100. Por el momento, la caída es sólo una corrección de un período de insostenible crecimiento. Pero si el bajo crecimiento persiste, perjudicará las perspectivas de que Estados Unidos mantenga su récord reciente de mejora de la productividad.

Mientras tanto, el fuerte descenso de la confianza sugiere que la acusada caída de la confianza de los consumidores indica que los temores de Greenspan de que una desaceleración podía afectar a la confianza de los consumidores se están materializando ya. Aunque el gasto de los consumidores sigue subiendo, parece que cambiará de signo a no tardar.

La combinación de una inversión y de un gasto de los consumidores menores basta para conducir a Estados Unidos hacia un prolongado período de baja producción, incluso de recesión. La respuesta agresiva de la Reserva Federal, bajando en un mes un punto porcentual el tipo de interés, está destinada a contrarrestar dichas poderosas fuerzas.

Unos menores tipos de interés constituirán una ayuda directa para las superendeudadas empresas y los nos menos endeudados individuos. Los nuevos tipos pueden incluso aumentar la confianza y reanimar los mercados financieros. No está ni mucho menos claro, sin embargo, que los menores tipos inducirán a los superendeudados individuos y a las empresas a seguir pidiendo créditos y a gastarlos, a pesar de una economía ralentizada.

La Reserva Federal, por otra parte, también se arriesga a que los recortes de los tipos produzcan resultados excesivos. Los mercados podrían empezar creyendo –de nuevo– que Greenspan les sacará de apuros en caso de cualquier crisis. La expansión del crédito de los años recientes podría presentarse de nuevo, abriendo el camino para una corrección todavía mayor de aquí a unos meses.

Sea como fuere, como han mostrado los datos de esta semana, el riesgo de una caída en una recesión es mucho mayor. La Reserva Federal ha hecho todo lo que ha podido, por ahora, para evitar dicho peligro. Los efectos de esta rápida distensión monetaria son difíciles de predecir; y hasta que la Reserva Federal

tenga alguna idea del impacto, debería ser cautelosa a la hora de pensar en otras posibles acciones.

España reprime sus temores

¿Servirá de ayuda la ampliación?

(Michael Psotta y Walter Haubrich en *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 4 de diciembre)

En las encuestas los españoles se manifiestan, con respecto a la ampliación por el Este, de forma más positiva que los demás pueblos de la Unión Europea. Puede que de entrada esto sorprenda, porque la incorporación de estados de la Europa Central y del Este supondrá también, con toda seguridad, perjuicios para España, país que recibe muchos recursos de los fondos europeos. Si entran varios países de renta por habitante más reducida habrá que reestructurar el fondo de cohesión. Con este fondo se trata de aproximar aceleradamente a los países económicamente más débiles dentro de la UE a un nivel de renta de por lo menos el noventa por ciento del promedio de la Unión. España, como país grande que es, recibe en cifras absolutas la parte más importante de los recursos de cohesión, si bien, por habitante, mucho menos que Portugal o incluso que Grecia. El que a pesar de todo la mayoría de los españoles sean partidarios de una rápida adhesión de los países del Centro y del Este de Europa se debe probablemente a su actitud fundamentalmente positiva con respecto al proceso de unificación. España es el único país de los que con posterioridad se han incorporado a la Comunidad Europea en cuyo Parlamento no ha habido un solo voto contrario al acuerdo de adhesión. Hoy, transcurridos casi quince años, los españoles están convencidos de que el pertenecer a Europa ha acelerado el desarrollo económico de su país.

Al término de su larga dictadura los españoles identificaron la posibilidad de pertenecer a las instituciones europeas con la democratización de su país. De ahí que no quieran negar un proceso político semejante a los países del Centro y del Este de Europa antes también sometidos a gobiernos dictatoriales. España misma ha comprobado que ser miembro de la Unión ha proporcionado al país una moneda estable, con tipos de interés bajos y una tasa de inflación reducida, así como la vinculación a una política exterior y de seguridad común, ventajas éstas que, como es natural, interesan particularmente a los candidatos a la adhesión y que, como muestra el ejemplo español, pueden ser duraderas.

Desde el punto de vista económico, España tendrá que acomodarse a la existencia de algunos aspectos negativos. Después de la ampliación la concurrencia en cuanto al emplazamiento en inversiones industriales será mayor, toda vez que éste hace tiempo ha dejado de ser un país de salarios manifiestamente bajos. De todas formas, el Gobierno de Madrid llama la atención acerca de que, mientras tanto, se exporta más capital que se importa. Aunque más allá de las propias fronteras las empresas españolas han venido invirtiendo hasta ahora predominantemente en Latinoamérica, también se ofrecen para la implantación de nue-

vos centros de producción la Europa Central y la Europa del Este. Claro que España también se tiene que amoldar a las crecientes importaciones de productos baratos como los agrarios de Polonia o los automóviles de la República Checa. Por otro lado, la ampliación por el Este supondrá con toda seguridad rápidos beneficios para una serie de producciones agrícolas españolas. Esto es sobre todo aplicable a los frutos cítricos, al aceite de oliva y a algunos frutos y hortalizas de recolección temprana en España. El vino tinto español, que a nivel internacional es considerado todavía barato, podría ver incrementadas sus ventas con la entrada de algunos países que carecen de producción propia.

Las subvenciones de Bruselas siguen fluyendo en abundancia a través de la frontera pirenaica. El año pasado supusieron un 1,31 por 100 del producto interior bruto español. España sabe sin embargo que las cantidades provenientes del fondo de cohesión garantizadas hasta el año 2006 –representan aproximadamente la cuarta parte de los pagos netos a España– se reducirán. El Gobierno español espera que el país alcance todavía en esta década el noventa por ciento de la renta media europea. España perdería así todo derecho a percibir fondos de cohesión. Mientras que éstos se dirigen a los estados económicamente más débiles, los más voluminosos fondos estructurales van a la Extremadura española, igual que a Mecklemburgo-Pomerania Occidental. Con la ampliación hacia el Este se reducirá apreciablemente el número de regiones subvencionadas en los países actualmente pertenecientes a la Unión, porque entonces prácticamente todas las regiones de los nuevos países miembros podrán recibir fondos estructurales.

Cuando piensan en la ampliación al Este algunos españoles pueden sentirse, visto ello con criterio geográfico, desplazados más al margen de esta futura Unión Europea. Y es que, debido a estos motivos geográficos, no es posible una ampliación por el Oeste. Sin embargo, las relaciones más estrechas con Europa, deseadas por los estados latinoamericanos, conferirán también en la Unión Europea un papel más importante a España que mantiene relaciones particularmente estrechas con estos países tan próximos en los ámbitos lingüístico y cultural. Los estados del Mercosur, Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay se califican ya hoy de especie de continuación de la UE al otro lado del Atlántico, habiendo abogado España especialmente por la cooperación entre la UE y Mercosur.

La tarea de España de rechazar inmigrantes africanos en la frontera sudoccidental de la Unión podría aumentar más en dificultad después de la ampliación por el Este, porque entonces, gracias a la libertad de circulación de Personas de los nuevos miembros, podrán muchas más personas de la Europa central y oriental ocupar legalmente puestos de trabajo que actualmente todavía cubren los inmigrantes africanos. También hoy pasan ya la frontera entre Marruecos y España más africanos del Norte y de color de los que Europa está dispuesta admitir. De todas maneras en estos momentos nadie puede aún prever cuantos inmigrantes necesitará el mercado laboral europeo en el futuro. España, al ser ahora uno de los países con más baja natalidad, es presumible que asimismo quiera emplear a un número claramente más elevado de extranjeros.

España quiere figurar en el grupo de los grandes

(Edit. de Michael Psotta en *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 24 de noviembre)

España se propone utilizar la reforma de la Unión Europea para revalorizar su importancia. La renuncia a las posiciones de veto en las votaciones de la Unión Europea se debe compensar a los españoles con su admisión en el club (informal) de los cinco países más grandes. Esto significa que España quiere –por ejemplo, en la futura Comisión– estar representada de la misma forma que Alemania, Francia, Gran Bretaña e Italia.

Esto es una posición políticamente articulada, pero los españoles se esfuerzan por fundamentar también económicamente la importancia del país. No hay duda de que desde hace años aumenta la importancia económica. Desde mediados de los años noventa España registra un crecimiento superior a la media a escala europea. En este periodo de tiempo se han creado igualmente más empleos que en cualquier otro país de la UE e incluso en algunos años más que en todos los demás países miembros juntos. Aunque últimamente proliferan los indicios en el sentido de que la coyuntura alcista española está perdiendo en cierto grado impulso los españoles siguen haciendo gala de una elevada propensión al consumo, lo que hace suponer que tienen confianza en el futuro de la economía.

En todo caso han vuelto a elegir por mayoría absoluta al Partido Popular, de tendencia liberal–conservadora, confirmando al Gobierno Aznar que ha tenido buena mano sobre todo en el ámbito económico. El déficit presupuestario tiende a cero, los impuestos sobre la renta se han reducido y por lo que se refiere a la liberalización de los mercados España ha dejado de ir a la cola de la mayoría en la UE.

En la década pasada el país ha recorrido un largo camino. Se recuerda todavía cómo al principio era objeto de burla la pretensión de España de formar parte de los miembros fundadores de la Unión Monetaria. Parecía demasiado poco realista que un país despectivamente calificado de socio del “Club-Med” pudiera cumplir los criterios de Maastricht. Sin embargo, España superó los obstáculos de la adhesión con más facilidad de lo que se esperaba. Después algunos escépticos pensaron que volvería rápidamente a abandonarse la disciplina en el campo de la política financiera cuando España se desembarazara de su débil peseta. Pero se han equivocado, porque mientras tanto se ha preparado un proyecto de ley que prohíbe los déficits presupuestarios a partir del año 2002. Así que ¿quién podía discutir a este niño modelo su deseo de recibir también de fuera un cumplido por sus éxitos económicos?

Sé airean ante todo objeciones políticas. Se afirma en Bruselas y Berlín que también con relación a la ampliación por el Este debería encontrar España todavía el papel que le corresponde en Europa. No se olvida tampoco la rígida postura de Aznar en el forcejeo del año pasado en torno a las subvenciones de la UE. Además, se objeta que España no se puede sentar a la mesa de los poderosos mientras sea el mayor percep-

tor neto de subvenciones de la UE. Este argumento parece de momento bastante plausible, aun cuando Portugal y Grecia reciban, por habitante, más subvenciones todavía. Por otro lado, se puede replicar que la otrora pobre España ha colocado con buen sentido en el desarrollo de su infraestructura los abundantes recursos de la UE provenientes de los denominados fondos de cohesión.

No obstante, sigue pendiente la cuestión de saber si España está ya madura para ocupar un puesto oficial entre las grandes naciones industriales. De momento plantea dudas la consideración de la misma industria española. Son sólo cinco empresas las que representan un papel importante a escala internacional. Junto a los dos grandes bancos privados BBVA y BSCH, se trata de tres empresas, antes estatales, de infraestructura, concretamente la compañía de telefonía Telefónica, la suministradora de electricidad Endesa y el consorcio petrolero Repsol. Sólo a estos cinco grupos corresponden dos tercios del valor en bolsa de todas las empresas del país. Están bien dirigidos y preparados para la concurrencia internacional. Esto no es necesariamente aplicable al resto.

A pesar de algunas excepciones dignas de alabanza, las empresas españolas tienen, por lo que se refiere a su aproximación a la Europa central, dificultades, a menudo simplemente por las barreras lingüísticas. Además tradicionalmente el mundo empresarial está en España menos desarrollado que en otros países si se hace abstracción de las industrialmente sólidas regiones de Cataluña y el País Vasco. Al revés de lo que ocurre, por ejemplo, en Alemania, donde incluso en pequeñas localidades se encuentran a menudo fabricantes de maquinaria con reputación internacional, falta en general en España una sólida base industrial. Cierto que existen numerosas instalaciones de grandes dimensiones en los sectores químicos y del automóvil, pero pertenecen a grupos extranjeros que aprovechan el todavía relativamente bajo nivel salarial español. En cambio, en la formación de trabajadores especializados dependen de sus propias iniciativas.

En cualquier caso, los consorcios extranjeros proporcionan una moderada transferencia de tecnología a la Península Ibérica. Sin embargo, la alta tecnología constituye un capítulo turbio. Los españoles poseen menos ordenadores que los habitantes del centro y del Norte de Europa; de todos los indicadores se deduce que la economía española invierte bastantes menos recursos en investigación y desarrollo que la media europea y que los más importantes países industrializados del mundo. Aunque el Gobierno de Madrid se ha dado cuenta de esta carencia, no ha encontrado hasta ahora el remedio. Las explicaciones de la ausencia de propensión a la alta tecnología van desde la reducida disposición a la inversión de los españoles que disponen de medios hasta el rechazo de la lengua inglesa.

Si bien puede que últimamente hayan cambiado las cosas –porque mientras tanto existen una serie de iniciativas empresariales del campo de la telecomunicación al de la biotecnología que permiten abrigar esperanzas de que también en estos sectores España gane rápidamente terreno– hasta que esto no se defina

más sólidamente no parecen consistentes las pretensiones españolas.

"En España el banco postal somos nosotros"

Deutsche Bank avanza en España más de prisa de lo que se esperaba.

(*Frankfurter Allgemeine Zeitung* de 5 de enero)

Para Deutsche Bank el acuerdo con la Administración de Correos española está dando resultados antes de lo que se esperaba. Desde hace año y medio la sociedad filial española del grupo financiero alemán es socia bancaria exclusiva de los servicios postales de España. Mientras tanto, en casi la totalidad de las 1.800 oficinas de Correos se han instalado nuevas ventanillas bancarias. En una entrevista con este diario Juan Carlos Garay, "Chief Executive Officer" en funciones desde hace años, afirma que "en España el Banco Postal somos nosotros". Deutsche Bank S.A. ha tenido por supuesto éxito con sus intentos de captación de los 65.000 empleados de Correos que antes habían sido predominantemente clientes de Argentaria. Este instituto de crédito que mientras tanto se ha integrado en el gran banco BBVA, había intentado infructuosamente desde 1992 a 1999 conseguir una alianza bancaria exclusiva con la Administración de Correos española, hasta que ha sido sustituido por Deutsche Bank. Preventivamente éste se había asegurado una opción de rescisión para el caso de que, en el plazo de cinco años, no alcanzara en las oficinas de Correos un volumen adicional de negocio de 540 millones de euros. Este umbral se ha sobrepasado ya y ello se debe, en primer lugar, a que ya se ha logrado que más de la mitad de los empleados de los servicios postales hayan pasado a ser clientes. Hasta el final del acuerdo, que de momento tiene una vigencia de diez años, Garay espera ahora un volumen adicional de operaciones de 6.000 millones de euros; inicialmente se había aspirado a 2.400 millones de euros.

Para la sociedad filial madrileña de Deutsche Bank el dinámico crecimiento de negocios se produce en el momento adecuado. El grupo habla anunciado el año pasado en Francfort que aglutinaría su actividad con la clientela privada en Europa y que en el futuro la manejaría supeditada a un Deutsche Bank 24 (Europe) AG independiente. Para un Garay que hasta ahora ha venido actuando con extremada autonomía se presagia con ello un cambio de rumbo.

Deutsche Bank desempeña en España un papel peculiar, porque es el único instituto extranjero que mantiene una importante red de 300 sucursales. Los centros de gravedad son las operaciones de clientela de empresas, la administración de patrimonios y las operaciones extensivas con clientes particulares, aspecto éste en el que Deutsche Bank se orienta en los centros turísticos hacia los europeos del Norte, pero que, por lo demás, se presenta no tanto en calidad de banco filial de un grupo alemán, como de banco español. Parece que esto lo ha conseguido con éxito, como lo demuestra la rentabilidad del capital propio alcanzada ya antes de fin de año del 20 por 100 que, según

datos provisionales, ha podido ser aumentada en el año transcurrido incluso hasta el 25 por 100.

A Garay no le preocupa la cuestión de si con una vinculación más fuerte al grupo él perderá autonomía o incluso dinamismo. En todo caso, complementariamente con su función en España, se le han asignado en Francfort cometidos de más importancia. Así forma parte ahora, en el Consejo de Dirección, del área de clientela privada y de empresas; además, es miembro del Comité de Gestión de Deutsche Bank 24 (Europa), considerado precursor de un futuro Consejo de Dirección de DB 24 (Europa). Garay, al que en Francfort se le denomina "nuestro hombre para Europa", puede absolutamente valorar las nuevas funciones como reconocimiento por el desarrollo de la sociedad filial española. Es sobre todo por su buena posición en el campo de las operaciones que dentro del grupo a ésta se la considera modelo en el área extranjera de la Europa occidental. Así Garay apuesta cada vez más por cooperaciones e incentivos. Deutsche Bank se repartirá, por ejemplo, con la Administración de Correos española a partir de 2002 los beneficios esperados de esta cooperación, al igual que en el caso de otras cooperaciones exclusivas con actualmente unas 150 empresas, en cuyos centros Deutsche Bank ofrece operaciones bancarias, entre ellas el consorcio tabaquero Altadis o Hewlett Packard.

Además, están actuando ya en España unos 400 agentes por cuenta de Deutsche Bank, generalmente profesionales independientes con clientela propia. También en España está adquiriendo importancia el negocio bancario a través de los canales electrónicos. En el caso de la producción de software, España ha prestado incluso servicios de pionera para el grupo. Sin embargo, en su estructuración Garay se enfrenta, por lo menos en este terreno, con una tarea de recuperación, porque mientras Deutsche Bank sólo tiene en España 12.000 clientes online, en Alemania se llega ya a los 270.000.

La cumbre de la Unión Europea en Niza

Traemos a estas páginas los comentarios editoriales aparecidos en algunos de los más destacados diarios en lengua alemana a la conclusión de la última cumbre celebrada por la Unión Europea en Niza.

La "Salade Niçoise".

(Edit. de Andreas Oldag en *Süddeutsche Zeitung* del 12 de diciembre)

El nuevo Tratado de Niza no pasará a la historia como la obra maestra de Europa. Los jefes de Estado y de gobierno se han puesto trabajosamente de acuerdo en un compromiso mínimo, habiendo salvado justo de una debacle a la cumbre de la UE más larga de todos los tiempos. Ha habido debates penosamente largos, reproches y desavenencias que a duras penas se han superado. Aunque al final los participantes han hablado de éxito ¿qué se pretende con ello cuando los resultados no han pasado de ser pobres si se comparan

con las grandes expectativas? En cualquier caso, la Comunidad puede ahora llevar adelante la ampliación por el Este. Por otra parte, el euro podría haber quedado a salvo de un hundimiento con respecto al dólar. De fracasar la cumbre se habría seguido viendo afectada la confianza ya de por sí reducida en el euro.

Los tres residuos del Tratado de Amsterdam de la UE, los llamados "left overs", han sido eliminados en Niza sólo de modo incompleto. Sobre de la definitiva composición de la Comisión la UE no adoptará ninguna decisión hasta después de la segunda ronda de ampliación a 27 estados miembros. Niza ha creado así un nuevo "left over". Más lamentable todavía es la situación en el caso de la ampliación de las decisiones por mayoría. En cuestiones centrales, como es el caso de las políticas fiscal y comercial, de la inmigración o del derecho de asilo, de decidirá durante mucho tiempo por unanimidad. Cada estado podrá seguir también bloqueando los planes europeos.

En la cuestión especialmente controvertida de la ponderación de votos en el Consejo de Ministros la cumbre se ha inclinado por un modelo que es más complicado que el hasta ahora vigente. El notorio tira y afloja bruselense en torno a la aprobación de directivas, pero también en torno a las decisiones relativas a la política exterior común no ha estado en absoluto ausente. Claro que el Gobierno Federal ha negociado de forma inteligente para no emponzoñar más las desavenencias con Francia. Según ha dicho acertadamente Schröder, Alemania habría renunciado a más votos frente al amigo para no poner en peligro la unificación europea.

A la mayor parte de los estados miembros les ha faltado en Niza voluntad política para impulsar con energía y firmeza la reforma interna. Por supuesto que las dudas y vacilaciones tienen motivos concretos. Debido a la ampliación se desplazará en pocos años el equilibrio de poderes dentro de la Comunidad. Esto significa que la UE pasa a ser más "oriental". Se trata a este respecto no de una reorientación geográfica, sino, en un sentido más amplio, también de una reorientación política, cultural y económica.

Nadie puede prever qué consecuencias tendrá exactamente este desplazamiento. Mientras tanto, los políticos trajinan en la construcción de su casa común sin que les preocupe demasiado la consolidación de los cimientos. Sólo que el temor aumenta. Niza ha puesto de manifiesto que Francia está preocupada por la pérdida de su hegemonía política en Europa. Las miradas se dirigen con desconfianza hacia Alemania que únicamente por su situación geográfica está más estrechamente vinculada a los estados europeos. Los europeos meridionales piensan sobre todo en el dinero y temen que se les limite el recurso a las arcas de las subvenciones de Bruselas.

Gran Bretaña sigue sin poder decidir si quiere desempeñar o no un papel constructivo en la futura Europa. Como ningún otro miembro de la Unión Europea, los británicos han defendido con obstinación en Niza sus derechos de veto y a los pequeños estados miembros, entre los que en realidad los países del Benelux figuran entre los tradicionalmente proclives a la integra-

ción, les asalta el temor a una supremacía todavía mayor de los grandes.

La Unión Europea tendrá igualmente después de Niza dificultades con el ordenamiento del Continente. Con los probablemente 27 estados miembros que tendrá en el futuro y sus aproximadamente 500 millones de habitantes se convertirá en un coloso político y económico. En la contextura interna los derechos y obligaciones deben repartirse de forma que nadie se vea apartado. Frente a los países nuevos ha de prevalecer la disposición a compartir. Es francamente grotesco que los antiguos estados miembros se metan en el bolsillo una gran parte de los recursos procedentes de los fondos estructurales y de cohesión para apoyo de las regiones económicamente débiles y en cambio a los candidatos pobres del Este se les despache con migajas.

Sin embargo, lo que hay que lamentar más es que en el póker de poder de Niza se haya ignorado el verdadero motivo del escepticismo hacia la Europa de los ciudadanos que es el evidente déficit democrático. El aparato de poder bruselense podrá seguir adoptando en el futuro sus decisiones con ausencia del control suficiente. El Parlamento europeo apenas si ha ganado en influencia en Niza. Esto es particularmente aplicable a la política agraria que se negocia en las rondas de los ministros de agricultura.

El así denominado "proceso post Niza" sobre el que los jefes de estado y de gobierno se han puesto de acuerdo, y que ha de desembocar de aquí al año 2004 en una conferencia para la reforma, no debe quedar en meras palabras. Europa sólo tiene una oportunidad aproximándose al ciudadano. Y esto supone también una delimitación clara de las competencias entre Bruselas y los estados miembros.

Los grandes se afianzan en la UE.

(Edit. de *Neue Zürcher Zeitung* del 12 de diciembre)

El Consejo Europeo de Niza figurará en los anales como la cumbre hasta ahora más prolongada. ¿Ha valido la pena este maratón negociador? Sí, en el sentido de que los jefes de estado y de gobierno han alcanzado desde luego un acuerdo en materia de reformas institucionales para que la Unión ampliada siga siendo operativa y resolutive. En la Riviera se ha podido evitar un fracaso, aunque el jefe del estado y presidente en ejercicio de la UE haya actuado tácticamente de forma chapucera, haya situado los intereses franceses más o menos al nivel de los europeos y sobre todo haya puesto de manifiesto poca sensibilidad en las relaciones con los países más pequeños de la UE. En la fase final éstos han ensayado –sin éxito– una pequeña rebelión, resistiéndose durante horas a dar su visto bueno al resultado de la negociación.

Sobre la calidad del compromiso al que se ha llegado en el Sur de Francia por supuesto que no cabe hacerse ilusiones. Con respecto al resultado de Niza ciertamente que la UE no ha adoptado materialmente ninguna decisión. Es algo que no sorprende. Cuando

se trata de poder y de influencia de los estados miembros en el acontecer bruselense, y por tanto de dinero, se llega tradicionalmente en la UE casi a la cuadratura del círculo para encontrar el consenso de todos los compañeros de juego en la negociación. El último drama de importancia de esta naturaleza no está tan alejado en el tiempo.

Hace unos dos años se aprobó en la cumbre extraordinaria de Berlín la primera parte del programa de preparación para la ampliación por el Este de la UE. Por aquel entonces se luchó y se forcejeó por la reforma de una política agraria y estructural invadida por el gasto, así como por un reparto más justo de cargas financieras entre los estados miembros. Se adoptaron pasos en la dirección adecuada, pero no auténticas reformas. Pero a corto o largo plazo éstas serán tanto más necesarias cuanto que a los países candidatos del Este y del Sur habrá probablemente que otorgarles un apoyo financiero similar al que reciben España, Portugal, Irlanda y Grecia, que en el momento de su ingreso también recibieron la consideración de países pobres.

Volviendo al resultado de Niza, refleja que en el futuro soplarán en Bruselas vientos distintos a los de ahora. Los grandes países –Alemania, Francia, Gran Bretaña e Italia– han sabido fortalecer su influencia a costa de los estados miembros más pequeños en las votaciones con mayoría cualificada. Parece adecuado un desplazamiento del poder a favor de los cuatro grandes, dado que en estos momentos los países pequeños gozan de un trato de favor y porque con la proyectada ampliación hacia el Este serán predominantemente los pequeños los que se incorporen a la UE. Pero a la nueva ponderación va adherida una sustancial dosis de arbitrariedad, puesto que no se corresponde al tamaño, según población, de los diferentes países.

En las negociaciones Chirac ha luchado de forma inflexible frente a Alemania por la "égalité". En contraposición, Schröder se ha tenido que ejercitar en la "fraternité", sobre todo después de haber insistido siempre en que por él no iba a fracasar Niza. Sin embargo, lo más grave de la nueva solución es que la modalidad de sufragio está construida de forma que en principio cada uno de los países grandes sólo necesita pocos aliados para reunir una minoría de bloqueo y –valga la redundancia– bloquear así las decisiones. Da en consecuencia la impresión de que en Niza la capacidad de decisión más que mejorar, ha empeorado.

Por lo demás, en la cumbre la máxima ha sido que había que respetar como es debido los intereses específicos particulares. En consecuencia, para los británicos, por ejemplo, es y seguirá siendo en cierto modo sagrado el veto en todas las cuestiones fiscales y sociales; lo mismo es aplicable a Francia en lo que se refiere al comercio de servicios de relevancia cultural o a Alemania en materia de derecho de asilo. La pretensión inicial de convertir en excepción el principio de consenso en las tomas de decisiones en el Consejo ha sido rápidamente enterrada con otras palabras. Continúa siendo limitada en la Comunidad de Bruselas la confianza recíproca, en especial cuando se trata de intereses pecuniarios. Éste puede ser no el único, pero sí un motivo importante de que, contra-

riamente a la intención originaria, también en el futuro cada país tenga un comisario y ello hasta tanto la UE no abarque a más de 27 estados miembros. Así pues, la reforma de la Comisión sólo consiste en que los países grandes renuncian a una representación bicéfala. Con todo, estos grandes refuerzan su presencia en la UE ampliada, a saber, allí donde se adoptan las decisiones, que es en el Consejo de Ministros. Las perspectivas interesantes están posiblemente en otro sitio. Con la cláusula de flexibilidad "más flexible" pueden los estados miembros dispuestos a cooperar tomar la delantera sin tener que esperar a los rezagados. Debido al hecho de que la UE ampliada será en todos los aspectos mucho más heterogénea que la actual Comunidad de Bruselas este planteamiento integrador adquirirá importancia. A su vez, la carta de derechos fundamentales que se ha firmado posee el potencial de orientar el proceso en dirección a una especie de constitución de la UE con una clara delimitación de competencias entre ella y los estados miembros. De ahí que no deba surgir un superestado europeo cuando en 2004 se discorra sobre la revisión del Tratado de la Unión. Niza ha confirmado que al estado nacional le sigue correspondiendo un papel importante.

Sin eje motriz.

(Edit. de *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 12 de diciembre)

Para todos los políticos llegados a Niza las decisiones con las que allí se han enfrentado han estado graduadas de acuerdo con prioridades de política interna. Al Canciller Federal Schröder le han estado atosigando los presidentes de los estados federados independientemente de que fueran de la CDU, de la CSU o del SPD. Su objetivo primario, es establecer de forma vinculante el reparto de competencias entre la UE, el estado nacional y los "länder" para salvar la "sustancia de la soberanía". El éxito de política interna de Schröder es que con este fin se haya decidido en Niza un "proceso post Niza" con el año 2004 como fecha objetivo. No ha sido fácil conseguirlo, ya que con sus problemas de federalismo Alemania no tiene igual en Europa; al inicio Francia se había resistido obstinadamente a acceder a esta reivindicación alemana.

Lo que se haya ganado con la decisión relativa a este asunto es algo que habrá que ver. Porque todavía no está claro el modo de actuar en este "proceso post Niza". ¿Sería, por ejemplo, cuestión de repetir el procedimiento a propósito de la elaboración de la carta de los derechos fundamentales y recurrir a un convenio o a un consejo de sabios que hiciera una propuesta para delimitar las competencias? Lo que está claro es sólo que no se desea recurrir al método habitual de la diplomacia europea, sino implicar a la opinión pública en la discusión, signifique ello lo que sea.

Entonces es cuando empiezan las dificultades. Y es que entre los europeos es discutible la cuestión de quién ha de conservar o recibir qué competencias o cómo pueden repartirse éstas entre los distintos niveles. Ya se trate de un convenio o de un consejo de sabios, el hecho es que sólo se llegará a un acuerdo

cuando la UE vuelva a tener un centro de poder que impulse el proceso. El que Francia y Alemania no pudieran antes de Niza desempeñar esta función, y ello a pesar de los muchos intentos por hacer patente una posición común, es un motivo fundamental de los pobres resultados de la cumbre desde el punto de vista de la política europea. La disputa de prestigio por la ponderación de votos en el Consejo de Ministros ha paralizado casi totalmente el eje motriz París/Bonn que de todas formas había perdido fuerza. Si en esta cuestión nada cambia, tampoco se pondrá en marcha el proceso post Niza.

El torso de Niza.

(Edit. de Peter Hort en *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 12 de diciembre)

Si que se repite la historia, por lo menos en el seno de la Unión Europea. Hace tres años y medio, en el amanecer de una noche de Junio, en Amsterdam, fracasó el primer intento de poner a la Comunidad a punto para la aglutinación de Europa, recurriendo a unas reformas limitadas de sus estructuras de decisión. Ahora en Niza, casi a la misma hora de la mañana, tampoco ha cuajado el segundo intento. Después de una conferencia en la cumbre sin precedentes, sobre la que una vez más se cernía la amenaza de fracaso, los jefes de estado y de gobierno han presentado un nuevo tratado. Pero pasadas más de cincuenta horas de debates y de regateos en torno al poder y al dinero sólo se ha llegado a un par de suspiros. Algunos de los participantes no han ocultado su disgusto sobre el torso del Tratado de Niza. Es el caso del Primer Ministro belga Verhofstadt o del Presidente de la Comisión Prodi.

Todavía al comienzo de la hasta ahora más larga sesión del Consejo Europeo se podían oír las fórmulas de exorcismo de una cumbre que no parecía estar demasiado segura de su causa. Todos serían conscientes de su especial responsabilidad y de las grandes expectativas existentes frente a polacos, húngaros, checos y el resto de los vecinos del Este; todos debían participar en la concurrencia en pos del compromiso. Pero después las cosas se han sucedido de forma muy distinta. En lugar de la responsabilidad con respecto a los candidatos a la adhesión Chirac, Schröder y Blair sólo se han preocupado de sí mismos y sólo han atendido a sus propios intereses. En lugar de los compromisos ha predominado al final un rígido aferrarse a los acervos nacionales. No hay duda alguna de que los resultados de Niza no responden a las exigencias de la capacidad de maniobra de una Comunidad Europea integral.

Estas exigencias se pueden quedar reflejadas en los tres "residuos" de Amsterdam, a saber, la restricción del derecho de veto de los estados miembros en el órgano central de decisión del Consejo de Ministros, la limitación del número de comisarios y la nueva ponderación de votos entre países grandes y pequeños. La limitación del derecho de veto, equivalente a la ampliación de votaciones con mayoría cualificada, se considera con razón el criterio más importante para la capacidad de ampliación. En el nuevo Tratado los gobier-

nos de los grandes se han impuesto ampliamente con su criterio amortiguador. Francia puede, en las cada vez más importantes cuestiones de la política comercial (servicios y propiedad intelectual), seguir haciendo uso de su veto; Alemania mantiene su posición en materia de política de asilo y de inmigración; Gran Bretaña puede proceder al bloqueo en política fiscal y en el próximo plan financiero no se puede imponer un recorte (necesario por la ampliación por el Este) de los fondos estructurales. Algunos de estos intereses nacionales son perfectamente justificables. Es el caso de la negativa de Schröder a proteger de momento a Alemania frente a una proliferación en los campos del asilo y de la inmigración. Pero mientras tanto persiste el bloqueo recíproco.

Tampoco hay novedades por lo que se refiere a la Comisión de Bruselas. A partir del año 2005 los cinco grandes países de la UE deberán prescindir de su segundo comisario y sólo hasta que la Comunidad tenga 27 miembros el número de comisarios no quedará reducido a 20 y no rotará paritariamente. Sin embargo, antes de que se pueda iniciar en Bruselas el baile de comisarios debe aprobarse por unanimidad el juego. Con ello el Consejo Europeo, por presión de los pequeños gobiernos de la UE, ha creado un nuevo "residuo", aunque todos se habían conjurado solemnemente para no reincidir en los errores de Amsterdam. De ahí que probablemente ya no se de la Comisión más reducida deseada por Francia y Alemania. Se ha decidido, como una especie de alternativa de consolación, reforzar las competencias del Presidente de la Comisión y en el futuro nombrarle por mayoría cualificada. Por lo menos ha prosperado esto.

Con particular tenacidad se ha debatido en la ronda de Niza sobre la ponderación de votos. Las cifras, varias veces modificadas, han afectado profundamente en su conciencia a grandes y pequeños, a alemanes y franceses, a españoles y portugueses, a holandeses y belgas, a irlandeses y lituanos, empujando casi al fracaso a la ronda. Desde un principio Chirac se había opuesto al sistema de la mayoría doble simple, según la cual en el Consejo de Ministros sólo se adopta una decisión cuando la mayoría de los estados también coincide con la mayoría de la población, sistema sencillo y transparente éste. No obstante, habría afectado al tabú francés de que a una Alemania con una población superior en 23 millones a la de Francia le habrían correspondido más votos. Por ello Chirac se ha obstinado en una limitada ponderación con una "red de seguridad" demográfica que garantiza a los cuatro estados de la UE más importantes una mayor influencia frente a los pequeños y medianos. De acuerdo con el nuevo esquema, los tres mayores (Alemania, Gran Bretaña y Francia) conseguirán siempre alcanzar la "red demográfica" del 62 por 100 de la población total de la UE e impedir así cualquier decisión de los más pequeños.

Contra este "golpe de estado desde arriba" los pequeños, capitaneados por los belgas, han ensayado una rebelión. Pero ésta ha fracasado por haberse decidido demasiado tarde a llevarla a cabo. Como después de la entrada de los nuevos socios de la Europa Central y del Este sube al 73 por 100 el umbral para alcanzar la mayoría cualificada serán más difíciles en lugar de más fáciles los acuerdos en el seno del Consejo de Minis-

tros. Y es posible que aumente la búsqueda de coaliciones y contracoaliciones de todo tipo.

Después de los insuficientes preparativos, de la falta de orientación europea y de la paralización del motor franco-alemán ciertamente que en Niza no cabía esperar otra cosa que un torso. Pero habrá que incorporar pronto las medidas que faltan de los miembros de ese torso, ya que crecerá paulatinamente la presión en pos de la reforma.

Un compromiso político con muchos despropósitos

(Helmut Bänder en *Frankfurter Allgemeine Zeitung* di 12 de diciembre)

La conferencia ha concluido, el trabajo continúa. Muchas de las cosas que en la última caótica noche de Niza han acordado los jefes de estado y de gobierno habrán de ser todavía retocados ahora por los diplomáticos y juristas. De momento, el lunes la presidencia francesa del Consejo ni siquiera se ha visto capaz de presentar un documento final completo. Incluso no todos los puntos fundamentales para el futuro procedimiento de votación en el Consejo de Ministros de la UE, el órgano decisorio de los gobiernos de la UE, estaban todavía aclarados el lunes.

La nueva ponderación en el Consejo de Ministros favorece a los grandes países.

La nueva ponderación de votos aprobada tras duros enfrentamientos entre grandes y pequeños países reforzará de modo patente en la mesa del Consejo la influencia de los países de la UE con mayor población. En otro caso, habrían perdido terreno en el Consejo de Ministros los actuales estados miembros grandes frente a los numerosos candidatos de reducida población. Con sus 82 millones de habitantes Alemania tendría en una Unión ampliada hasta los 27 estados miembros una población aproximadamente igual a la de los 17 países "más pequeños"; de acuerdo con el sistema actualmente todavía en vigor estos estados reunirían conjuntamente 57 votos y, en cambio, Alemania, sólo diez. De ahí que las negociaciones se hayan concentrado en una redistribución del peso de los votos entre estados miembros grandes y pequeños por la vía de una mayor "apertura". Actualmente la relación entre el número de votos más alto y el más bajo es de diez (Italia, Francia, Gran Bretaña, Alemania) a dos (Luxemburgo). En el futuro el margen se ampliará a 29 (para los cuatro grandes países) a tres (Malta). En vista de la obstinada negativa de Francia a dar su conformidad a una solución basada en las cifras de población y, de consiguiente, en sí misma no contradictoria, el resultado de Niza constituye un compromiso políticamente negociado cuyos despropósitos reflejan consideraciones de política de poder y una mentalidad anclada en el prestigio por parte sobre todo de Francia y de España.

En su estructura fundamental el resultado se asemeja al actual modelo en el que se clasifican los esta-

dos con una cifra de población comparable en grupos con igual número de votos. A este respecto queda no obstante fuera del marco la clasificación de Alemania al rechazar Francia cualquier "ponderación mayor" en el Consejo de Ministros, a pesar de tener aquélla 20 millones de habitantes más que ésta. Al mismo tiempo, España –que por población figura en quinto lugar en la UE– ha conseguido seguir reduciendo distancias con respecto a los cuatro estados miembros mayores. El número de votos español estaba hasta ahora en torno a un 20 por 100 por debajo de los grandes; en el futuro la diferencia con relación a Alemania será de sólo alrededor de la décima parte, aún cuando España cuenta sólo con la mitad de habitantes. Este trato preferente se pone claramente de manifiesto en una comparación: Rumanía, a su vez, tiene una población de más o menos la mitad de España, por lo que dispondrá de alrededor de la mitad de votos. En cambio, a la sombra de España, Polonia ha conseguido mantener su comunicación con los grandes. Con un número de habitantes análogo ha sido tratada, en cuanto a los votos en el Consejo de Ministros, igual que España; con ello Polonia ha recibido entre todos los candidatos a la adhesión, y por lo que se refiere a la cifra de población, con mucho la mejor consideración en materia de ponderación de votos.

Después del acuerdo al que se ha llegado en Niza los círculos diplomáticos de la UE han informado de que los franceses parece que han querido impedir que los candidatos a la adhesión del centro y del Este europeo pudieran conseguir una minoría de bloqueo en el Consejo de Ministros y boicotear así las decisiones de los miembros antiguos. Esto explicaría también la obstinada negativa de la presidencia francesa a otorgar a Lituania los mismos votos que a Irlanda, aunque la población de ambos países es prácticamente la misma. En este punto Chirac ha cambiado de opinión en el último minuto a fin de evitar un definitivo fracaso de las negociaciones.

En el Parlamento europeo es sobre todo la cifra de población la que cuenta.

Contrariamente a lo que sucede con la ponderación de votos en el Consejo de Ministros la futura composición del Parlamento europeo se orienta más por las cifras de población de los estados miembros. De esto se beneficia sobre todo Alemania. Como único estado miembro, junto a Luxemburgo, tendrá después de la ampliación el mismo número de diputados que ahora, concretamente 99. Los demás han tenido que reducir el número de sus diputados a fin de que después de la incorporación de otros estados el Parlamento conserve una dimensión manejable. Como resultado final la asamblea de Estrasburgo refleja ahora mejor la relación de poblaciones. No obstante, los países más pequeños de la UE quedan, con respecto a su número de habitantes, claramente representados en exceso.

Escasos avances en las decisiones por mayoría.

Desde un principio ha sido medida del éxito de la conferencia para la reforma celebrada en Niza la cues-

tion de si se podrá conseguir garantizar después de la ampliación la capacidad de maniobra de la Comunidad en crecimiento. Sin embargo, hay dudas al respecto. El imperativo de la unanimidad paraliza las decisiones. Pero los obstáculos para los acuerdos por mayoría en el Consejo de Ministros no son menores, sino que se han situado en una cota más elevada. En estos momentos el umbral para una mayoría cualificada está en el 71 por 100 de los votos ponderados según el tamaño de los estados miembros; este valor deberá aumentar en la Comunidad ampliada a 27 miembros hasta alrededor del 73,5 por 100. Los mencionados medios diplomáticos han explicado que con respecto a la nueva ponderación de votos esto significa que una coalición de tres grandes estados miembros con un país de la UE de tipo medio es suficiente para bloquear cualquier acuerdo.

En aquellos campos de la política en los que están permitidas las votaciones por mayoría el balance parece bastante aceptable desde un punto de vista puramente aritmético. En 40 de 70 puntos sometidos a discusión se habría conseguido el paso a votaciones por mayoría, de acuerdo con las manifestaciones laudatorias sobre esta parte del paquete hechas por el Presidente Chirac. También Schröder ha dicho que el resultado es aceptable. Pero esto no impide reconocer que en muchos de los puntos se trata de cuestiones de segundo rango. Entre ellas figuran, por ejemplo, una serie de ordenaciones de procedimiento para las instituciones europeas, así como las reglamentaciones sobre nombramiento de los miembros del Comité Económico y Social y del Comité para las Regiones. En cuanto a la política de asilo y de migraciones no hay que adoptar decisión alguna hasta cinco años después de la entrada en vigor del nuevo Tratado y concretamente, una vez más, por unanimidad. También para la política fiscal está previsto un plan escalonado con la posibilidad de pasar a votaciones por mayoría. El Primer Ministro británico Blair ha dicho sin embargo que Gran Bretaña tampoco estará dispuesta dentro de cinco años a dar el visto bueno a la renuncia a su derecho de veto en las políticas fiscal y social.

En el caso de la ampliación de las votaciones por mayoría en la política comercial sólo ha habido igualmente progresos marginales. Francia ha impedido con éxito la eliminación de la posibilidad de veto en los acuerdos relativos a servicios culturales y audiovisuales, formación, asuntos sociales y sanidad. En materia de promoción estructural y regional el Jefe del Gobierno español Aznar ha logrado que también sea necesario decidir por unanimidad sobre las disposiciones relativas al periodo de promoción que se inicia en 2007 y que previsiblemente se prolongará hasta 2013. Por su parte el Canciller Schröder ha defendido el derecho alemán de veto en cuestiones que se refieran al ordenamiento de los oficios que abarca, por ejemplo, las normas sobre reconocimiento del nivel de maestría.

Esperanza en el logro de una "cooperación intensificada".

En vista de los pobres resultados alcanzados muchas esperanzas se dirigen a la "intensificada cooperación" de estados miembros que en la integración euro-

pea deseen avanzar más de prisa que otros. Este instrumento se había introducido ya con ocasión del Tratado de Amsterdam, aunque a condición de que todos los estados miembros tengan que dar su visto bueno en cada caso concreto. Ahora bien, los acuerdos de Niza prevén que deba estar disponible para intensificar la cooperación un grupo de por lo menos ocho estados miembros. También después de la ampliación hasta 27 estados miembros debe mantenerse este umbral. La cooperación intensificada está sujeta a las disposiciones generales del Tratado y vinculada al marco institucional del Tratado. Esto significa entre otras cosas que el monopolio de propuestas de la Comisión también rija para la cooperación intensificada. Además debe garantizarse que otros estados miembros no queden excluidos de una cooperación más estrecha.

Alemania se beneficia de la "red de seguridad demográfica".

Para un acuerdo por mayoría deberá cumplirse en el futuro la condición de que esté conforme por lo menos la mayoría simple de los estados miembros. Además, después de una votación cada estado miembro puede solicitar un examen para determinar si un acuerdo refleja una mayoría de por lo menos el 62 por 100 de la población total de la UE. Ésta así denominada "red demográfica de seguridad" supone un reforzamiento adicional de los estados miembros grandes y va encaminada a "desenganchar" de forma encubierta a Alemania de Francia, Italia y Gran Bretaña. Tal solución garantiza a Alemania que por su cifra de población pueda impedir junto a otros dos cualesquiera estados miembros grandes un acuerdo contrario a sus intereses. En cambio, los otros tres grandes estados miembros dependen de por lo menos tres países aliados si quieren llegar a la barrera del 62 por 100.

El año del euro

(Edit. de Nikolaus Piper en *Süddeutsche Zeitung* del 4 de enero)

Desde el mismo día de su implantación el euro ha tenido un problema de confianza. Mientras los cerebros de la moneda común todavía soñaban que su criatura podría sustituir pronto al dólar como principal divisa de reserva en el mundo los operadores de los mercados financieros comparaban fríamente los potenciales económicos de América y de Europa y se decidían por el dólar. La cotización del euro pasa de unos soberbios 1,18 dólares el 4 de enero de 1999 a menos de 83 centavos en octubre de este año. El bajón deviene en algún momento en un proceso que se autofortalece y que se desvincula totalmente del acontecer económico. Porque cada especulador cree que en cada momento son los otros los que apuestan por un euro débil y así éste va realmente debilitándose cada vez más. Se atiende a las malas noticias con relación al euro, pero se ignoran las buenas. Incluso cuando en el verano se multiplican los signos del final de la expansión secular en América la moneda sigue sometida a presión.

Para los economistas estaba claro que la sensibilidad de los mercados financieros se ajustaría en algún momento a la realidad. Ahora se ha producido el reajuste. Ha llegado más tarde, pero ha sido más fuerte de lo que la mayor parte de los expertos habían previsto hace todavía poco el miércoles la cotización del euro vuelve a rebasar por primera vez en cinco meses el umbral de los cinco centavos y dentro del nerviosismo de los mercados constituiría una gran sorpresa que este mismo mes no volviera a alcanzar la paridad, es decir no volviera a costar un dólar o más. La ironía de la historia está en que la sensibilidad no cambia de signo debido a violentos hechos económicos sino por una farsa política como es el más indigesto recuento de votos que tiene lugar en Florida. Cuando los aparatos de la consulta electoral se equivocan en la perforación de papeletas y éstas no se pueden interpretar ello no supone la más mínima ilustración acerca del estado de la economía americana, pero a pesar de todo la debacle actúa como un catalizador. Porque desde que empiezan a circular chascarrillos relativos a la incapacidad de los americanos en materia de cuentas también las malas noticias económicas invaden las mentes de la opinión pública: las tasas de crecimiento en declive, los beneficios en descenso, las carteras de pedidos menos repletas.

Pero ¡ojo! para los europeos no hay motivos para el júbilo. El débil euro constituía un indicio de la fortaleza de América cuya recuperación muestra que la economía tiene problemas y no que los problemas de Eurlandia estuviesen resueltos. El valor externo de la moneda se normaliza, ni más ni menos. Lo positivo en esto es que el Banco Central Europeo reduce presión, ya que, de momento, no hay necesidad de aumentos de tipos que tanto afectan a la coyuntura, pues con cambios del euro en alza y precios del petróleo en descenso desaparece la inflación importada. A la inversa, podrían incluso ser ya pronto necesarios los recortes de intereses, quizá todavía no a raíz de la reunión del Banco Central Europeo de este miércoles, pero, a lo más tardar en enero cuando el Banco de Emisión americano cambiara, como se espera, a una política monetaria más flexible. Una depresión en los Estados Unidos repercute en toda la economía mundial; de ahí que los institutos alemanes de investigación económica hayan retirado sus pronósticos de crecimiento para la República Federal. Si, además, el euro también se encarece entonces desaparece la cómoda ventaja competitiva de que gozan muchos exportadores. Gracias al favorable tipo de cambio han podido los consorcios automovilísticos alemanes aumentar, por ejemplo, espectacularmente sus ventas en América. Estos éxitos en la exportación podrían quedar ya relegados al pasado.

Habrá que ver ahora si Europa consigue con sus propias fuerzas poner en marcha la expansión. El escepticismo es grande, sobre todo en las bolsas donde desde hace medio año se está produciendo un desplome por entregas. En todo caso, a Europa le falta mucho para alcanzar el dinamismo que ha caracterizado a la economía americana durante los años noventa. En América se consideran malas las tasas de crecimiento del 2,5 al 3,0 por 100 y en Europa, bastante aceptable. El retroceso del paro en Alemania no constituye un mérito de los políticos, sino un regalo de Amé-

rica y del desarrollo de la población. Aunque los déficit en materia de reformas de estructuras en Europa no justifican el deterioro de su moneda resultan más perceptibles con un tipo de cambio realista.

Así que en cualquier caso el 2001 será el año del euro. Un valor externo más elevado puede ayudar al Banco Central en Francfort a crear confianza en el interior. La extraña situación derivada de que si bien ya existe el euro todavía no lo podemos tocar sume hoy a muchos europeos en la incertidumbre. Todavía hay quien erróneamente piensa que un euro débil significa que dentro de un año, cuando circulen las nuevas monedas y billetes, recibirá por su DM menos de lo prometido. Por ello, el BCE debería dedicar los doce meses que quedan a mejorar de forma decisiva su comunicación con la opinión pública europea. Pero sobre todo no deben los gobiernos nacionales entregarse a la ilusión de que para la economía de Europa ya ha pasado lo peor. Esto es especialmente aplicable a la coalición rojiverde en Berlín. Si realmente –lo que muchos temen– de aquí a las elecciones federales de 2002 hubiera una paralización en materia de reformas ello sería un síntoma nefasto para Europa y para su moneda.

En los umbrales del siglo veintiuno

(Edit. de Jürgen Jeske en *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 30 de diciembre)

Están al caer un nuevo año y un nuevo siglo. La humanidad tiene una vez más la sensación de ser testigo de profundos cambios técnicos, económicos y políticos. A principios del siglo XX la industrialización estaba en plena marcha, la coyuntura se desarrollaba a toda vela, Alemania irrumpía en los mercados internacionales. Fascinaban a la gente las nuevas industrias, como la electrotecnia y la química basada en la síntesis de los colorantes, aunque al mismo tiempo existían grandes temores y tensiones sociales. El Canciller del Reich Graf Leo von Caprivi, que había marcado hitos importantes en materia de política comercial, afirmaba que Alemania tenía que exportar para alimentar a su creciente población.

También hoy vuelve Alemania a encontrarse de paso hacia una nueva era en la que privan asimismo las nuevas industrias, como las técnicas de la información o la genética. A su vez, son necesarios muchos esfuerzos en el campo de la política económica encaminados a crear puestos de trabajo. Y también hoy hay dudas y preocupaciones, sobre todo desde que se ha desvanecido la ilusión de que se podrían superar las reglas económicas de la experiencia con la llamada nueva economía basada en las técnicas de la información. De lo que no cabe duda es de que Internet está alterando de forma diversa la economía y la sociedad. Sin embargo, en su dictamen los cinco sabios del Consejo de Expertos señalan que “no se puede afirmar con certeza que la nueva economía sea un fenómeno duradero o simplemente temporal”.

El futuro está abierto. Pero ¿debe el cambio técnico y económico aceptarse como destino tal y como sugieren los resultados de las encuestas? El individuo

puede considerarse hoy impotente. La sociedad como un todo no lo es, aun cuando la personalidad de la informática Bill Joy opina que “el futuro no nos necesita”. Así que el sobresaliente periodo de esplendor económico de los Estados Unidos en la última década está muy fuertemente vinculado a las bendiciones de la técnica, pero más han contribuido a esta expansión los auténticos hitos puestos por el hombre en el campo de la política monetaria en lo que toca a la desregulación y a la liberalización. El embajador dimisionario John Kornblum ha formulado que la influencia de América crece en virtud de su capacidad de beneficiarse del cambio. “En esto la tecnología es importante, pero nuestra sociedad gana igualmente como consecuencia de su política de inmigración abierta, su excelente sistema universitario y la no intromisión del Gobierno en la economía. “Esto se manifiesta en la mentalidad renovadora del Silicon Valley.

Tampoco el tan citado milagro económico alemán de los años sesenta fue, como es sabido, un milagro que el destino hubiera deparado a los alemanes, sino el resultado de muchos esfuerzos individuales y de una política orientada hacia un objetivo que Ludwig Erhard tuvo que imponer, haciendo frente a ciertas resistencias políticas. El filósofo Tomás de Aquino escribió ya que para conseguir milagros había que orar y para conseguir cambios, trabajar.

En el umbral del siglo XXI, en el que ahora, como hace cien años, se contraponen lo viejo y lo nuevo y el progreso hará surgir ganadores y perdedores, esta voluntad de cambio parece no obstante estar algo debilitada en los campos de la política y de la sociedad. Sólo se puede encontrar en el mundo empresarial. El socialdemócrata Dohnanyi escribe con razón: “nuestra mentalidad genera hoy poco entusiasmo, poca confianza y poca energía a partir de los nuevos tiempos. Tememos más que esperamos; defendemos más que conquistamos”.

En el siglo XX la ascensión de Alemania se ha manifestado como el paso desde la rezagada que era de la industrialización, desde país marginal con salarios bajos a uno de los estados industriales punteros a nivel internacional. Desde comienzos de siglo hasta la primera guerra mundial Alemania aventaja a Inglaterra, como el taller del mundo que entonces era, en muchos terrenos, situándose internacionalmente en segundo lugar detrás de los Estados Unidos. Esto se debió no en último término a las decisiones políticas y económicas, así como a un sistema de educación superior, a los métodos modernos de organización empresarial y a la cooperación de la ciencia y la economía. El que, a pesar de dos guerras mundiales y a pesar de una partición del país que se ha prolongado a lo largo de sus buenos cuarenta años, Alemania siga figurando entre las tres principales naciones industriales puede también atribuirse a circunstancias favorables, como el derrumbamiento del comunismo, pero al final ha sido obra del hombre.

El historiador Eberhard Jäckel ha denominado al siglo que acaba de terminar el siglo alemán, porque Alemania, como ningún otro país, ha marcado –especialmente con hechos horrendos– el acontecer mundial. ¿Vendrá ahora un siglo europeo? El camino que ha se-

guido Alemania después de 1945 lo ha recorrido desde el Plan Marshall a Maastricht en Europa y con Europa, que constituye hoy parte de una economía mundial abierta. En prácticamente un año desaparecerá definitivamente una fracción importante de la identidad alemana, el marco alemán, introducido antes todavía de la creación de la República Federal y que en su marcha victoriosa refleja el reencuentro consigo mismo de cada alemán después de la guerra y la derrota. Más que las solemnes alocuciones será este cambio hacia el euro el que pondrá de manifiesto que Alemania forma definitivamente parte de una Comunidad Europea.

Este experimento histórico único enlaza igualmente con ciertos temores. Sin embargo, tampoco la Unión Monetaria, como sucede con el cambio técnico y económico, es un destino que se deba consumir según el ejemplo de las tragedias griegas. El liberal Karl Popper ha escrito: "todos somos corresponsables de lo que venga. Por lo tanto, es nuestra obligación, en lugar de pronosticar desastres, intervenir en favor de cosas que hagan mejor el futuro". Esto es lo que constituye el verdadero reto en el umbral del siglo XXI.

A la espera de un aterrizaje suave

Tendencias de la economía internacional en el año 2001. (Edit. de Dorit Feldbrügge en *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 29 de diciembre)

Se podría pensar que las perspectivas de la economía mundial en el año que empieza son malas. Al menos los recientes datos económicos de las grandes economías nacionales enturbian el ambiente a finales del 2000. El fuerte crecimiento de los precios del petróleo y los aumentos de los tipos de interés del Banco de Emisión americano y del Banco Central Europeo han dejado últimamente huellas visibles en la economía internacional. Además, se esfuma la creencia de que en los Estados Unidos el crecimiento no va a tener límites. En los mercados financieros circula incluso el temor a una recesión. Japón parece más alejado de una recuperación sostenida de lo que todavía se esperaba a lo largo del año. Aparte de esto, las tensiones en los países emergentes, como Argentina o Turquía, han promovido el recuerdo de la última crisis de la economía mundial de 1997/98.

La clave de todos los pronósticos vuelve a estar una vez más en América. De la misma manera que los Estados Unidos han estimulado con su excepcional crecimiento ante la progresiva globalización el crecimiento de la economía internacional, una inclinación a la debilidad de esta gran economía constituye también el mayor riesgo para la economía del planeta. Las tasas de crecimiento amenazan con caer, especialmente si los mercados financieros afectados por el nerviosismo desencadenaran un movimiento descendente autoimpulsado. ¿Conseguirá el país un aterrizaje suave de la coyuntura, es decir, se mantendrá en una vía de crecimiento de por lo menos el tres por ciento? Ésta es la cuestión que ocupa no sólo a los mercados financieros. La economía americana ya no ha vuelto a alcanzar en el tercer trimestre este ritmo de avance y, según los

datos disponibles, tampoco lo habrá conseguido en el último trimestre del año.

Los riesgos están a la vista. La cuota de ahorro de las economías familiares ha declinado rápidamente, el mercado de trabajo ha registrado los primeros tropiezos, el coeficiente de paro ha aumentado de nuevo últimamente y al mismo tiempo se ha acelerado el retroceso de la producción industrial. Los precios en aumento de la energía podrían por vía de una detración de poder de compra desacelerar la coyuntura de consumo. Después de las experiencias del último año las economías familiares probablemente enjuiciarán con un criterio más cauto el fuerte aumento de valor de sus patrimonios en acciones y volverán a ahorrar más a partir de sus ingresos corrientes. El ritmo de crecimiento de la producción podría mantenerse contenido y la industria espera menos pedidos.

Sin embargo, un aterrizaje suave de la coyuntura será el escenario más probable, no en último término porque el Presidente del Banco de Emisión americano Greenspan ha hecho señales a los mercados en el sentido de que él se opondrá a un aterrizaje violento y ha insinuado una tendencia neutral para la política monetaria. Es posible que los considerables crecimientos patrimoniales de los últimos años sigan todavía estimulando el consumo privado, de modo que éste se mantenga como pilar importante de la coyuntura. Además, la –aunque ya no tan fuerte– recuperación en importantes mercados de ventas apoya el crecimiento americano. Además, habla en pro del aterrizaje suave el que en el último año y medio la política monetaria haya sido menos restrictiva de lo que había sido el caso antes de anteriores recesiones.

Mientras que por los éxitos conseguidos hasta ahora los Estados Unidos se pueden quizá permitir un aterrizaje brusco de su coyuntura, éste no es el caso de los restantes países del mundo. Así, aunque en los países de la Unión Europea la expansión ha ganado claramente fuerza el año que acaba de terminar, no volverán a registrar el crecimiento conseguido este año, ello a pesar de las desgravaciones fiscales y de la moderación en los convenios salariales. Una recesión de la economía americana pesaría sobre la economía europea a través de una demanda más reducida. Aparte de esto, un dólar más débil y un euro paralelamente más fuerte afectarían a la competitividad de las empresas europeas.

A pesar de los cautelosos signos de una nueva economía tampoco en Europa pueden los estados confiar en que aquella despliegue sus impactos. Porque a despecho de cualquier euforia también los Estados Unidos deben su éxito no sólo al cambio tecnológico o a los acontecimientos favorables. Sin una política financiera y monetaria de acompañamiento habría sido difícilmente posible que, sobre todo en la segunda mitad de los años noventa, los datos económicos hubieran sido mejores de lo esperado. Aunque los gobiernos europeos reciben alabanzas por un lado y por otro por su política financiera, queda todavía mucho por hacer en cuanto a allanar el camino hacia un crecimiento más intenso. En otro caso serán mucho más reducidos que en los Estados Unidos los frutos de la revolución tecnológica expresados en productividad.

Tampoco en las demás regiones del mundo se han impuesto aún las fuerzas de la nueva economía. Todavía son muchos los países que se encuentran en proceso de recuperación, lo que les hace particularmente vulnerables a los *shocks* del exterior. En los países del centro y del Este de Europa es de esperar que una intensa demanda interna conduzca a un nuevo, aunque menor, aumento de la producción. La economía de los países emergentes de Extremo Oriente entra en el nuevo año claramente consolidada. El que Japón supere el crónico grado de subutilización de su potencial productivo es algo que depende de la reestructuración de los sectores empresarial y bancario. Aunque en el año transcurrido la economía se ha activado ligeramente, al mismo tiempo han permanecido las tendencias deflacionistas. Entre los países de Sudamérica y Latinoamérica en los que el año pasado ha continuado la recuperación de la coyuntura, será especialmente Méjico el que percibirá el enfriamiento de la economía americana.

Con la creciente interdependencia de los mercados financieros y de mercancías la economía internacional adquiere un peso cada vez mayor para el desarrollo en cada país. Mientras que los Estados Unidos marquen el ritmo y el rumbo y el precio del petróleo se mantenga por lo menos estable, las perspectivas para el año 2001 seguirán siendo favorables.

En torno a la rebaja de tipos en Estados Unidos

A continuación, tres comentarios editoriales de la prensa alemana y suiza en lengua alemana sobre la rebaja de tipos acordada en Estados Unidos nada más iniciarse el nuevo año.

La última medida de la reserva federal.

(*Neue Zürcher Zeitung* del 5 de enero)

La rebaja de tipos en Estados Unidos, sorprendente quizá sólo por la fecha, vuelve una vez más a tener como autor a Alan Greenspan. El Presidente de la Federal Reserve (Fed) ha sobresalido durante su mandato como un brillante analista de la economía americana que nunca se arredra para reaccionar con medidas rápidas y audaces ante los cambios en el entorno de la coyuntura. Con el paso del miércoles da señales claras de querer hacer todo lo posible por evitar que la coyuntura de los EE.UU. se deslice hacia una depresión. Seguramente que nadie negará que se trata de una empresa honrosa. Sólo que se justifica preguntarse si tendrá éxito.

La respuesta depende naturalmente del enjuiciamiento de la situación. Hasta hace poco se han identificado en los Estados Unidos con tres graves circunstancias las señales típicas de sobrecalentamiento coyuntural. La primera era una burbuja bursátil, sobre todo en el ámbito de los valores tecnológicos. Aunque hacia finales de año se había quedado casi sin aire, nadie habría dicho que sus efectos pudieran haber quedado absorbidos. Una consecuencia del alza bursátil

ha sido, en segundo lugar, la cuota de ahorro negativa de los americanos, que se ha reflejado en importantes gastos de consumo y, debido a la simultáneamente alta demanda de inversión, en –y ésta es la tercera circunstancia– un déficit elevado de la balanza corriente de más del 4 por 100 del producto interior bruto. Aún cuando un déficit de esta categoría pueda ser “financiado” sin problemas durante años, por experiencia se sabe que desequilibrios así no son soportables a largo plazo.

Si con ello es correcta la conclusión de que es inevitable algún tipo de corrección, al final se plantea sólo la cuestión de cómo ha de ser el ajuste. Lo ideal sería naturalmente el enfriamiento paulatino de la coyuntura con una corrección paralela en Wall Street. Pero un ajuste de esta naturaleza resulta extraordinariamente difícil de llevar a cabo, como lo ilustra la nueva apreciación de la coyuntura por la Fed realizada desde diciembre de forma realmente esporádica. Mucho más probable es también una brusca desaceleración del crecimiento que puede llegar a una caída en la recesión. De ahí que deba quedar abierta la cuestión de si la reciente medida de política de tipos de interés se ha dosificado adecuadamente y se ha adoptado en el momento oportuno. No hay que excluir que la misma pese sobre la economía con impulsos adicionales y no deseables a largo plazo, lo que es un motivo para que la política monetaria actúe de manera cautamente previsor y no como reacción bajo la impresión de unos datos muy a menudo distorsionados.

De todas formas, hay una cosa que ya en estos momentos es segura y es que si la bolsa contempla cada bajada de tipos como un salvoconducto para nuevos vuelos de altura la medicina de Greenspan se perderá o incluso causará daños. No puede ser cometido de un banco de emisión tener a la bolsa una red de seguridad para recoger las caídas de las cotizaciones. Si Wall Street utilizara como apoyo un seguro implícito de las mismas estaría bien aconsejar a la Fed que revisara su dispositivo. De una u otra forma tendrá que llegar la eliminación de los desequilibrios en la economía americana. No obstante, cuanto por más tiempo se difiera el ajuste, más doloroso será.

Un chivo expiatorio sin pecados.

(Thiemo Heeg en *Süddeutsche Zeitung* del 5/ 6/ 7 de enero)

El Banco Central Europeo no se ha dejado contagiar –una decisión acertada– por la precipitada rebaja de tipos de interés básicos en los Estados Unidos. El Presidente Wim Duisenberg se ha decidido por la continuidad, al contrario que su colega Alan Greenspan. Por supuesto que el europeo lo tiene mucho más sencillo que el americano. En la zona del euro resulta tan poco perceptible la recesión como el amor de los alemanes hacia el euro. En cambio, en los Estados Unidos se multiplican los temores a que a la coyuntura la pudiera acompañar, en lugar de un aterrizaje suave, una fuerte colisión. La prueba de que el Banco de Emisión americano comparte estas preocupaciones es

que se ha desprendido de la fuerte carga de intereses de 50 puntos básicos. Se trata de un paso ciertamente comprensible a corto plazo. Pero a la larga la buena política monetaria se tiene que caracterizar por movimientos uniformes y suaves de conducción.

En esta medida merece alabanza el que los guardianes de la moneda de Francfort se hayan abstenido de actuar. El BCE también habría dispuesto de argumentos para una rebaja de tipos. Desde hace tiempo viene cayendo el precio del crudo; con ello queda eliminado uno de los mayores factores de impulsión de la inflación del año 2000. Por otro lado, el crecimiento económico en la zona del euro se encuentra desde el otoño en ligero retroceso. Y un euro con tendencia hacia la paridad con el dólar reduce, por una parte, presión inflacionista y, por otra, encarece las exportaciones de los europeos, quitándoles así atractivo en la competencia global, con las naturales consecuencias para la coyuntura. El Instituto Alemán de Investigación Económica había por ello requerido el día antes al BCE a una rápida disminución de los intereses. Al no haberse dado este paso el Sindicato Alemán de Empleados ha tildado al Banco Central de chivo expiatorio "por haber restado dinamismo al crecimiento y al empleo".

Los bancos centrales tienen que vivir con estos planteamientos. Lo más importante es que conserven su crédito. Y éste habría por lo menos sufrido rasguños en caso de una rebaja de tipos cuando en el informe de diciembre se habla todavía de un riesgo para la estabilidad de precios. Además, un año antes de la puesta en circulación del dinero metálico le viene muy bien al BCE un euro en vías de consolidación, ello con independencia del signo que arroje la marcha de las exportaciones. ¿Por qué poner pues en peligro la tendencia ascendente con reducciones de tipos de interés?

Después de los fuegos artificiales.

(Folker Dries en *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 5 de enero)

Vino, vio y rebajó. Alan Greenspan, ese ya en vida legendario cabeza de Banco Central, ha suministrado a los mercados financieros un antidepresivo sorprendentemente fuerte. Sin embargo, al contrario de 1998 cuando la Reserva Federal ("Fed"), para evitar un bloqueo de créditos redujo tres veces con breves intervalos los intereses, a Greenspan difícilmente se le puede reprochar que saque para los inversores las castañas del fuego. La caída del mercado de acciones americano se está prolongando ya a lo largo de sus buenos nueve meses y las ganancias en las cotizaciones como reacción a la última maniobra de los tipos de interés no son más que un parche de consolación por las pérdidas que los inversores han sufrido en este *crash* a plazos.

Lo decisivo en la última terapia de urgencia ha sido menos el derrumbe del mercado de acciones que el ritmo al que se ha debilitado en las pasadas semanas la economía real americana. Naturalmente que esto no significa que no haya fuertes interacciones entre la

economía real y los mercados financieros. Al contrario, la repercusión de los mercados financieros sobre la coyuntura parece a principios del siglo XXI aumentar incluso más que nunca. Por un lado, las empresas financian sus inversiones cada vez más a través de los mercados de capitales. Precisamente las nuevas firmas del campo de la tecnología se financian por el aparato de crédito de los bancos, ya sea vía acciones, vía empréstitos a tipos de interés elevados o vía capital riesgo privado. Este capital estaba disponible en exceso hasta que estalla la burbuja "dot.com". Incluso para el comercio online de piensos se han puesto a disposición cientos de millones de dólares en América. Mientras tanto los inversores saben que sus ideas acerca de las rentabilidades se encontraban ampliamente al descubierto. Sólo que su generosidad se ha tornado ahora avaricia. En los meses pasados casi se ha extinguido el mercado de financiaciones para inversión.

No obstante, precisamente las inversiones en el campo de la tecnología han constituido últimamente una importante carga propulsora del crecimiento económico americano. Por otra parte, el consumo al que corresponden dos terceras partes del producto interior bruto, se resiente cada vez más del descenso de las acciones. Mientras tanto, en América casi una de cada dos economías familiares posee acciones o fondos basados en acciones. Porque la expansión de varios años también había estimulado la propensión al consumo. A este efecto patrimonial positivo parece seguir ahora una repercusión negativa.

Sea como fuere, el caso es que la baja, que se prolonga ya varios meses en importantes segmentos del mercado financiero, ha frenado notablemente la propensión a la inversión y al consumo. Según la apreciación de la Fed, esto era hasta cierto punto absolutamente deseable, ya que el empleo casi pleno constituye un permanente riesgo para el nivel de precios. De ahí que entre Junio de 1999 y Mayo de 2000 el Banco de Emisión haya incrementado su tipo de interés básico desde un 1,75 por 100 hasta 6,5 puntos porcentuales.

Pero es que la política monetaria constituye un instrumento poco eficaz de control de la coyuntura, especialmente cuando cada vez más se convierte en prisionera de los mercados financieros. El escenario ideal de un aterrizaje coyuntural suave –por el que en América se entiende un crecimiento económico del 3 al 4 por 100, compatible con la inflación– probablemente se quedará en deseo. Ya en el tercer trimestre de 2000 la economía americana ha crecido sólo a una tasa anual del 2,2 por 100 y el cuarto trimestre podría haber habido un resultado todavía más débil. Y en cuanto a los primeros meses del nuevo año no hay que excluir incluso un retroceso del producto social.

Apenas si la decidida actuación de la Fed cambiará algo esta situación. Las medidas relativas a tipos de interés sólo repercuten con desfase en la economía real. También por ello la Reserva Federal se ha visto ahora obligada a actuar de la manera más rápida posible sin aguardar a la reunión oficial del Banco Central del 30/31 de enero. Sin embargo, sería todavía más importante que esta maniobra por sorpresa estabilizara la psicología del mercado, que, por tanto, se quebrara el

círculo vicioso de unas cotizaciones de acciones en declive y una disposición a la inversión y al consumo en retroceso. Esto puede explicar por qué la Fed ha inaugurado su ciclo de rebajas de tipos con un ajuste del orden de los 50 puntos básicos.

La primera reducción de intereses durante la crisis de los mercados financieros de 1998 se dosificó solamente con 25 puntos básicos. En su momento eso no fue suficiente. De ahí que la Fed tuviera que insistir en seguida. Con qué celeridad administrará esta vez sus inyecciones de liquidez dependerá de cómo resulte en enero la profusión de datos sobre la coyuntura. Si continuaran siendo alimentados los temores de recesión al parecer albergados por la Fed, ya a finales de enero podría producirse la próxima reducción de tipos de interés.

Sin embargo, la reorientación de la regulación no está exenta de riesgos. Aunque en sus tomas de posiciones sobre la maniobra de los tipos de interés los responsables máximos de los bancos de emisión se han manifestado confiados en que la presión inflacionista siga manteniéndose dentro de límites razonables, no obstante, y a pesar de la debilidad de la coyuntura, el mercado americano de capitales está todavía tenso, como se desprende de la creciente inflación salarial. Por ello, no sería extraño que las rebajas de tipos de interés coincidieran en un plazo previsible con una fase de precios crecientes.

Además, existe el peligro de que la Fed provoque una nueva ola especulativa en el mercado de acciones. El máximo responsable del Banco de Emisión Greenspan seguramente no creerá que mientras tanto las valoraciones de las acciones hayan alcanzado un nivel irracionalmente bajo.

La confianza a que la reducción de tipos ha dado lugar podría rápidamente desaparecer de nuevo. Porque la semana que viene se inician los informes trimestrales de las empresas americanas. La ola de advertencias de las semanas pasadas relativas a las ventas y a los resultados ha participado ya una impresión amarga. Las advertencias se han referido, por regla general, a los meses de octubre y noviembre. Sin embargo, para muchas industrias el mes verdaderamente problemático parece haber sido diciembre. En esta medida el periodo trimestral debería ser adecuado para otras malas noticias. El mercado de acciones de los EE.UU. podría, aun con el respaldo de Greenspan, no volver a despegar en seguida. De todas formas, los inversores tienen de su lado a la historia. Los ciclos de rebajas de tipos de interés han sido hasta ahora casi siempre fases de cotizaciones de acciones al alza.

¿Son los acuerdos regionales un peligro para la OMC?

(Edit. de *Neue Zürcher Zeitung* del 13/14 de enero)

La proliferación de acuerdos de libre comercio bilaterales y de arreglos regionales parece desde hace algún tiempo acentuarse a escala mundial. En cabeza se encuentra la EFTA, y de consiguiente Suiza. Durante la

presentación del informe sobre política económica exterior en el año 2000 el Consejero Federal Pascal Couchepin se ha referido el miércoles, como se ha informado, al nuevo impulso de la EFTA que, a través de acuerdos de libre comercio, intenta abrir puntualmente mercados fuera de Europa. Pero el Ministro de Economía también ha añadido que el afán de la EFTA por concluir acuerdos comerciales bilaterales en otros continentes es un itinerario complementario que, por lo tanto, no está en concurrencia con los esfuerzos de la Organización Mundial de Comercio (OMC) de Ginebra por impulsar el proceso multilateral de liberación comercial. ¿Es correcta esta apreciación o por el contrario amenaza el regionalismo en expansión en la política comercial en sus fundamentos al orden comercial internacional de la OMC?

La cuestión de la compatibilidad de multilateralismo y regionalismo es tan antigua como el orden comercial internacional de la postguerra. Se plantea simplemente porque en rigor los acuerdos de libre comercio y los acuerdos de asociación apenas si pueden ser compatibles con los venerables principios, ya anclados en el Tratado del GATT de 1947, tales como la cláusula de más favor y el trato igual para los socios comerciales nacionales y no nacionales. Pero es que el entramado contractual GATT/OMC está redactado de forma pragmática y consiguientemente imprecisa (v. Richard Senti: "Die Integration als Gefahr für das Gatt", en *Aussenwirtschaft*, 1994, cuaderno 1) En él se "admiten" desde luego los acuerdos de libre comercio y las uniones aduaneras, si bien bajo la condición de que tales alianzas en el ámbito de la política comercial no se lleven a cabo en perjuicio de terceros países. Con ello se quiere aludir a la necesidad de que la liberalización no puede implicar barreras más elevadas hacia fuera.

El multilateralismo y el regionalismo no deben, pues, incluso según la versión de la OMC, estar uno frente a otro como el fuego y el agua. Esto es aplicable tanto más cuanto que el entramado normativo no constituye, por supuesto, ningún acuerdo de intercambio de importancia global; en el marco de la OMC se trata "sólo" de pasos en pos de una liberalización orientada al libre comercio. Esto ayuda a explicar por qué mientras tanto en vigor unos 170 arreglos regionales de los que, por lo demás, la mitad no se han concluido hasta el periodo que se inicia en 1990 y por qué, a escala internacional, hay otros 70 proyectos en gestación. Y es que, dado que no sólo según los manuales, sino también por la experiencia el libre comercio aumenta significativamente el bienestar de los países participantes, había y hay evidentemente motivos económicos sólidos para las alianzas bilaterales y regionales.

La mayor parte de los 140 países de la OMC están hoy comprometidos sobre una base bilateral o regional. Según estimaciones de la organización, la mayor parte de estos acuerdos, que van desde "puros" acuerdos comerciales hasta convenios económicos de cooperación y, como en el caso de la UE, hasta la integración basada en motivaciones primariamente políticas (Mercado Interior de la UE), cubren no menos de las tres cuartas partes del comercio mundial. Este proceso no goza de una aceptación generalizada. Por ello, el Director General de la OMC Mike Moore ha llamado hace poco la atención en un discurso en Buenos Aires, acerca de la para-

doja que se da en la política comercial internacional en el sentido de que, si bien la globalización está en la boca de todos los círculos diplomáticos, simultáneamente sin embargo para las mismas personas nunca los acuerdos preferenciales bilaterales y regionales han estado tan valorados como hoy. Existiría el peligro de que tales tratados dejaran paulatinamente de ser considerados como complemento y lo fueran como sucedáneo del orden multilateral. Este cambio paradigmático sería de hecho el principio del fin de la OMC, con unas consecuencias imprevisibles para el comercio mundial.

Moore aduce tres motivos que en su opinión hacen aparecer la orientación de la política comercial hacia los planteamientos regionales más problemática cuanto más tiempo transcurra. En primer lugar, es difícil apreciar por qué en los bloques regionales se pueden imponer mejor los intereses comerciales y las fricciones comerciales han de ser menores que en el contexto de la OMC, sobre todo cuando se trate de grandes conglomerados económicos sumamente heterogéneos como la Apec (Asia-Pacific Economic Cooperation) que abarca ambos lados del Pacífico. En segundo lugar, él menciona el avance de la Nueva Economía y plantea la cuestión retórica de si tendría sentido concluir acuerdos regionales, por ejemplo, para E-Commerce o crear un acceso preferencial a Internet. En tercer lugar, por último, los EE.UU. y otros países han seguido en los años ochenta preferentemente la vía regional, porque entonces prevalecía la impresión de que el GATT había cumplido ya su misión. Sin embargo, con la conclusión, coronada por el éxito, de la octava ronda comercial internacional (Ronda Uruguay) y la creación de la OMC este argumento quedaría obsoleto.

Sobre todo el punto últimamente citado, es importante, porque desde el ángulo material el resultado de la Ronda Uruguay representa un verdadero salto cuántico. Abarca no sólo un mejor acceso recíproco al mercado por la vía de un desmantelamiento arancelario adicional y una eliminación de obstáculos cuantitativos, sino también la incorporación de nuevos ámbitos –como, por ejemplo, el intercambio de servicios– en el entramado normativo multilateral, unos procedimientos de arbitraje más eficaces en el caso de desavenencias comerciales, así como la creación de la OMT el año 1995. También fueron grandes las esperanzas de que el nuevo siglo estuviera bajo el signo del multilateralismo. No obstante, es a lo más tardar a principios de diciembre de 1999 cuando se produce la gran desilusión. Fracasa la tercera conferencia ministerial de la OMC en Seattle, no se produce el proyectado lanzamiento de una nueva ronda comercial internacional y

desde entonces la OMT va dando tumbos; en todo caso, disfrutan de “alta coyuntura” en Ginebra los órganos de arbitraje. Vista así la argumentación de Moore ya no convence al cien por cien.

Todo parece indicar que en un futuro previsible las cosas van a cambiar en la OMC, más exactamente, que ya no tiene posibilidades de convertirse en realidad una nueva ronda comercial mundial generalizada, ya que con la próxima incorporación de China a la Organización podría hacerse todavía más difícil llegar a unos consensos ya de por sí difícilmente alcanzables hoy día. Incluso la UE, que junto a terceros países como Suiza todavía ha propagado valientemente el año pasado la idea de una “ronda del milenio”, está mientras tanto en trance de cambiar de opinión. Las recientes declaraciones del comisario competente de la UE Pascal Lamy son testimonio de ello. Consecuentemente no puede sorprender que, como ya en los años ochenta, la diplomacia comercial dirija a ojos vistas sus actividades al plano regional y bilateral.

En la medida en que se detenga el proceso multilateral de liberalización este tipo de comportamiento es natural. También sería inadecuada la crítica en tanto en cuanto los acuerdos de librecambio tengan una estructura conforme con la OMC. Con todo, son justificadas las preocupaciones de Moore. Por un lado, normalmente no están vinculados entre sí los diversos acuerdos bilaterales y regionales y, en consecuencia, aumenta tendencialmente, más que disminuye, la espesa maraña de las diferentes reglas de origen, lo que ciertamente no facilita la vida de la economía exportadora. Por otra parte, sigue siendo problemático que los políticos competan para los asuntos comerciales puedan resistir a la tentación de abusar de la multiplicidad de normas de origen, regulaciones y estándares con fines proteccionistas. No es absolutamente necesario traer a la memoria el fantasma de los años treinta. Pero sí existe el riesgo de que sobre el regionalismo puedan surgir poderosos bloques comerciales que mantengan una actitud recíproca “hostil” y que por tanto estrangularían el comercio mundial en lugar de promoverlo.

El objetivo de la OMC son los mercados abiertos que no tienden a la discriminación mutua. De ahí que desde el observatorio del libre comercio se deba hacer todo lo posible para que también en el futuro el regionalismo sea un complemento importante y en modo alguno un sucedáneo del sistema multilateral. Y en esto Suiza, con su política económica exterior de orientación universal, tiene que tener un interés muy especial.